

# Amigos para nunca



CARLES MONEREO • MANUEL MONTE

CALIGRAMA

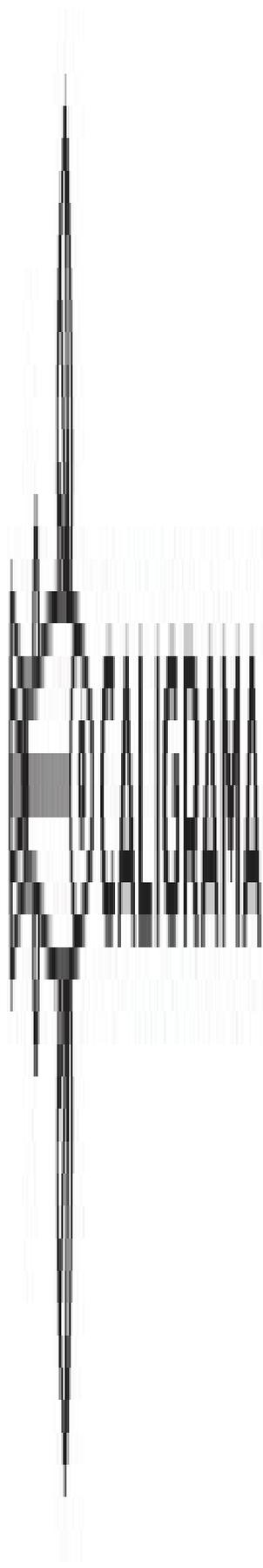
Amigos

para nunca



# Amigos para nunca

CARLES MONEREO  
MANUEL MONTE





Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación de los autores o han sido utilizados de manera ficticia.

**Amigos para nunca**

Primera edición: mayo 2018

ISBN: 9788417335694

ISBN eBook: 9788417335472

© del texto:

Carles Monereo

Manuel Monte

© de esta edición:

**CALIGRAMA**, 2018

[www.caligramaeditorial.com](http://www.caligramaeditorial.com)

[info@caligramaeditorial.com](mailto:info@caligramaeditorial.com)

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a [info@caligramaeditorial.com](mailto:info@caligramaeditorial.com) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



# Amigos para nunca

Cuando el empleado del cementerio selló el nicho con cuatro paletadas de portland, lloré y sentí un profundo dolor al darme cuenta de que nunca más volvería a ver a mi amigo. Mi mejor amigo, una parte de mi vida, se había ido y a partir de aquel momento debería olvidarlo, borrar su recuerdo, todas sus huellas. Era terrible pero tenía que hacerlo. Aunque ya no trabajaba para la compañía, y era improbable que alguien me pidiese cuentas, era lo mejor. Solo dos veces se habían cruzado mi vida privada y mi trabajo. La primera creía haberlo solucionado. En su momento Juan se mostró, cuando le advertí de las consecuencias de cualquier indiscreción, muy comprensivo. Nunca estuvo de acuerdo con mis métodos pero para salvar nuestra amistad había que guardar, como se suele decir, el muerto en el armario. Y así fue hasta la semana pasada. Esa había sido la segunda vez.

Desde su enfermedad, y dándose la feliz circunstancia de mi reciente jubilación, nos habíamos acostumbrado a pasear varias veces por semana por Barcelona, la ciudad donde siempre habíamos vivido. Una y otra vez recorriendo las mismas calles. Un día sí y otro también, rememorando los mismos recuerdos compartidos. Repitiendo cada día las mismas palabras. Para él, sin embargo, cada día era el primer día, porque su memoria se había ido diluyendo a la misma velocidad con la que había ido creciendo su demencia. Sin embargo su deteriorada mente todavía era capaz de acercarse a lo que yo le contaba y así, de mi mano, recorrer parte de su, de nuestro pasado.

No me molestaba dar esos paseos, ni siquiera tenía la sensación de aburrirme, me enternecía ver como sonreía o se ponía serio con lo que yo le decía como si fuera la primera vez que lo oía. Su asombro siempre era auténtico. Yo jugaba a adivinar lo que diría en cada esquina, tras refrescar su recuerdo con una pequeña anécdota. Cada calle era un nuevo juego de adivinanzas para él. Íbamos así desgranando el vulgar rosario de amigos, amigas, amores y desengaños que

cada uno siente siempre tan especial y único en aquella edad mágica de la adolescencia. Era ese el periodo de nuestras vidas que más le gustaba evocar.

Seguíamos un horario del que, evidentemente, solo yo era consciente, solo yo cumplía. Lo recogía en su casa a las once e íbamos a tomar café, después nos acercábamos por el paseo a la plaza de la Catedral, comentábamos la belleza de las escalinatas, la nobleza de la piedra, la espiritualidad del gótico. Luego nos dirigíamos al barrio del puerto, nos tomábamos un jerez - un fino —, por supuesto— y paseando por aquellas calles, repasábamos nuestra geografía sentimental durante un par de horas, hasta que me pedía que lo acompañara a su casa.

Uno de aquellos días de la marmota mi amigo me sorprendió tomando la iniciativa en un punto del recorrido. Al llegar a la altura de un callejón sin salida, una luz— o quizás una sombra— en su mente lo dirigieron hacia un portal situado en el fondo de la calle. Yo esta vez no lo seguí, le dije que volviera, pero él se plantó delante del portal.

—¡Aquí está la chica!— exclamó intentando abrir la puerta.

—¡Ven! ¡Estamos llegando a los billares!— le grité, pero él seguía allí y empezaba a golpear la entrada.

Murmuraba alguna cosa que yo no entendí hasta que corrí hasta el fondo del callejón y traté de sacarlo de allí.

—Ella de azul y sangre —eso decía,...y me quedé helado.

Lo agarré por un brazo y lo arranqué de aquella calle. Lo hice caminar muy de prisa y no lo solté hasta que dejamos atrás la zona portuaria. Le hablé de muchas cosas a la vez para borrar la escena de su cabeza y, como yo esperaba, enseguida se olvidó del callejón, de la puerta, de la chica, y cambió de tema. Seguimos un poco más y lo llevé a su casa. En el portal me dijo adiós con frialdad y subió a su piso. Nunca me había hecho eso. Cuando empezaba a subir los primeros escalones le dije que mañana nos volveríamos a ver a la misma hora, pero ya no dijo nada más y desapareció.

Partí desconcertado. Alguna cosa había cambiado que haría que nada fuese igual que antes, que antes de ese fogonazo en su memoria.

Aquella noche no pude dormir pensando en ese pasaje de nuestra historia, enterrado desde hacía casi cuarenta años y desenterrado hoy por mi amigo, para

nuestra desgracia.

A las siete de la mañana me levanté con la intención firme de darle una solución definitiva a esa locura y descolgué el teléfono, pero no fui capaz de marcar los números y colgué. Estuve frente al teléfono más de una hora, me ardía la frente, finalmente llamé. Le expliqué a Sara que esta vez me llevaría a Juan de excursión al campo en vez de salir a pasear por la ciudad como siempre. Pasaríamos todo el día fuera así que ella podría disfrutar de unas cuantas horas de libertad, se lo merecía. Sara me dijo que le vendría bien respirar un poco de aire puro pues estaba como apagado últimamente, sobre todo ayer no hubo manera de arrancarle una palabra y no comió nada.

—¿Te dijo qué le pasaba?— le pregunté alarmado.

—Ya te he dicho que no. Me pidió los álbumes de fotografías y se encerró en sí mismo. En toda la tarde no salió de su despacho y después se fue a dormir sin cenar.

—Qué extraño, —dije, para no inquietarla— ayer por la mañana parecía contento, comunicativo...

Quedamos en que yo subiría a las ocho a recogerlo ya que ella tenía que salir antes de casa.

Al día siguiente subí a buscarlo. Cuando me abrió la puerta, como sabía que estaba solo, le dije que se peinara un poco mejor y aproveché que iba hacia el baño para acceder a su despacho. Hacía tiempo que no entraba allí y la primera impresión fue la de tener delante los restos de un naufragio. Juan había sido un arquitecto con sello propio, reconocido por la profesión, aunque con un éxito irregular y ahora su despacho se había convertido en el cuarto de los enredos, la mesa de dibujo solo servía ya de soporte para dos tiestos con geranios, en las estanterías las carpetas acumulaban polvo y por el suelo había cajas, zapatos, un ventilador... En el escritorio vi un álbum de fotos y encima un ejemplar de un periódico ya amarillento. Lunes, 10 de agosto de 1992, un día después de las Olimpiadas de Barcelona. En la portada, aparecía una gran fotografía de la clausura de los juegos; subrayado en negrita podía leerse: «Los Manolos interpretaron la rumba: Amigos para siempre». En páginas interiores estaba la noticia que buscaba. En la fotografía que la ilustraba se podía ver, al pie del portal de aquel callejón, el cadáver de una joven con un vestido azul. Extraje esa

página y la rompí en muchos pedazos que deposité en el bolsillo de mi pantalón; después, con un pañuelo, tomé el álbum y lo coloqué en su estantería. Cuando me giré tuve un sobresalto al descubrir que Juan me estaba mirando desde la puerta.

—¿Qué fotografías estabas mirando, Juan?— le dije para ver si aún recordaba lo que había pasado ayer.

—Ella de azul y sangre. Lo recordaba.

Aunque muy cerca del camino, la acequia quedaba oculta por un pequeño bosque. Era un depósito de unos dos metros de profundidad, de forma circular, y estaba cubierto con una lona que se hundía, hasta casi perderse de vista en el agua estancada, alfombrada por una fina película de verdín. Me costó muy poco que se acercase hasta el borde de la acequia con la excusa de buscar ranas, y aún menos empujarlo para que cayese al agua. Su poca agilidad y la lona resbaladiza impidieron que pudiese salir de aquella trampa mortal. Solo tuve que esperar a que se hundiera completamente y desapareciera bajo la capa de líquenes. Tomó un tiempo, que se me hizo eterno, que dejara de sollozar, de luchar, de moverse; es sorprendente lo que tarda un cuerpo en darse por vencido. Cuando el agua dejó de agitarse metí el brazo en la balsa, saque su mano derecha, ya sin pulso, y completé mi trabajo. Después volví a tapar la balsa con la lona.

La policía no sospechó nada. Una persona con demencia es capaz de cualquier cosa, como lanzarse al agua para salvar a una mariposa y ahogarse, mientras yo, sin sospechar nada, había estado esperando a un lado del camino a que mi incontinente amigo acabase de orinar detrás de unos árboles. Eso pensó el forense cuando encontró la mariposa en el interior de la mano cerrada de Juan. Además mi dolor y mis lágrimas eran sinceros. Siempre he considerado que fue un suicidio, mi amigo se suicidó cuando recordó el asesinato de Ia chica. Lo hizo exactamente en Ia misma fecha, un 9 de agosto, pero veinticuatro años después. Cuando aquel día evocó el vestido azul manchado de sangre, sin saberlo, se había quitado Ia vida.

# El encaje

Lo recordaba como si hubiese ocurrido en este mismo instante. Fue exactamente hace cinco años, un 5 de julio. Aún podía notar su aliento, su lengua, sus labios ocupando mi boca. Una vez más nuestras dos familias habían ido juntas de vacaciones, esta vez a la costa de Normandía. Yo había estado jugando con su hijo mayor, Peter, con el que me llevaba tres años, 13 y 16. Peter, con la excusa de quitarme el balón, me había tocado un pecho. Un gesto burdo que él pretendía que fuese disimulado. Sin darle mayor importancia me aparté de él y le dije que me iba hasta la boya. Quizás fue el sofocante calor de ese verano o el esfuerzo realizado con los forcejeos con Peter por quitarle el balón o simplemente mis hormonas que pedían a gritos la presencia de Daniel, lo cierto es que quedé aturdida y me hundí un par de metros bajo el agua. No habrían pasado ni cinco minutos cuando sus brazos me asían y depositaban en un flotador en forma de delfín. Siempre he querido pensar que, Daniel, el padre de Peter, llegó tan pronto para salvarme porque no me quitaba los ojos de encima. Me tumbó con suavidad sobre la arena y al comprobar que respiraba con dificultad no dudó en ocupar mis labios, cubrir mi boca, compartir su respiración, para mí todo menos artificial, y prometerme la vida.

Aunque todo el mundo, mis padres, mis hermanos, Peter, e incluso Doris, la mujer de Daniel, aplaudieron su heroica acción y afirmaron que me había salvado la vida, yo sabía que mi existencia nunca había estado en peligro, lo que se jugaba era algo mucho más importante, mi vida futura, que solo podía ser una vida con él. Ni entonces ni ahora me han importado los 25 años de diferencia que nos llevamos, ni sus 15 de casado, ni su íntima amistad con mis padres. Siempre supe que era mi hombre y yo su mujer, como dice un hit-parade de los años 80 que suelo escuchar con dilección.

Durante todos estos años, esperando que llegase el día de hoy, el aniversario de mi mayoría de edad, he recopilado información fidedigna sobre Daniel Acosta: 46 años —estupendamente llevados—, socio fundador, junto a mi padre, de una

empresa de seguros para toda suerte de vehículos sin motor, bicicletas, patinetes, skyboards... Sibarita, elegante, sexy, isúper-atractivo!

Y por supuesto extraordinariamente ordenado. Mi padre nos ha explicado reiteradamente que Daniel es la persona más sistemática, cumplidora, ordenada y puntual que jamás ha conocido. Una de las anécdotas que tiene mayor aceptación y que se actualizan cada poco tiempo, es su supuesto trabajo como «eki-san», es decir literalmente «empujador», en el metro de Tokio, donde estuvo tres años realizando su Máster. Allí tenía un trabajo esporádico cuya tarea principal consistía en encajar en los correspondientes vagones a las cientos de personas que diariamente trataban de subir al ferrocarril metropolitano para llegar puntualmente a su trabajo. Muchas veces he soñado, dormida o despierta, en él, con guantes blancos, botas relucientes, su bañador ajustado de salvavidas y una gorra impoluta, encajándome en el vagón, con sus manos por toda mi anatomía, cual pieza de tetris en un puzle de brazos, cuerpos, piernas.

Más allá de las habladurías, mis notas de campo – un registro objetivo que nada tienen que ver con la cursilería de un diario personal—, caracterizan claramente a Daniel y a su entorno. Desde el mismo día que me besó y se produjo nuestro encaje vital, aunque entonces él aún no lo sabía, empecé a interesarme por la investigación antropológica –tampoco yo sabía que así se llamaba—, y a diseñar fichas de observación, tablas de frecuencia, categorías cualitativas. Trataba por todos los medios de pasar el mayor tiempo posible en sus distintos hábitats: merendar con Peter en su casa (el pobre Peter, aún a día de hoy, sigue pensando que estaba perdidita por él); aparecer en las oficinas cuando mi padre estaba de viaje para que me invitase a comer; mantener una conversación por Skype para pedirle algún absurdo consejo; quedarme a dormir en su casa bajo cualquier excusa; coincidir con él «fortuitamente» mientras realiza su jooging vespertino, etc., etc. Como en su entorno una persona relevante era Doris, la mujer que se casó con él –recordemos que su mujer en realidad soy yo—, tuve que empatizar también con ella y extraer información sistemática sobre Daniel, desde su perspectiva. Con el pretexto de tener problemas de relación con mi madre, o con supuestos novietes, o con compañeras de mi clase o con la regla, en fin fingidas chorradas de adolescente que ella se creía a pies juntillas, la sometía a entrevistas semiestructuradas –ella

pensaba que eran «charlas femeninas»— que grababa con un usb escondido en mis bolsillos.

Lógicamente, a partir de mis 18 años, todo este ingente material se completó con búsquedas exhaustivas en Internet sobre todo lo que aparecía con las etiquetas «Daniel Acosta», «ingeniero Acosta Fernández», «Motor&Bike» —su empresa—, «Doris Zúñiga», «Peter Acosta», su número de móvil, su correo electrónico,...

A los 19 ya controlaba un paquete estadístico y un software para el análisis de datos cualitativos que me permitió efectuar un estudio riguroso del perfil de Daniel, de sus formatos de interacción, de su estilo y preferencias en todos los órdenes de su vida.

Su día a día podría resumirse así.

7h (o antes) pipí, dientes, pesarse en la báscula, café con leche (con estevia, no edulcorante y menos azúcar).

7.30h Revisión del correo. Respuesta a cuestiones urgentes y nimias.

8h Página porno. Exclusiva, para socios. De su estancia en Japón adoptó el gusto por las señoritas vestidas de colegialas, que no menores... (¡Ahí ya gano puntos!).

8.30h salida hacia el trabajo. Andando son 30 minutos y la hora de entrada es a las 9 am. Tiene por norma entrar a la hora exacta, ni antes ni después, pero tampoco quiere esperar si llega antes. Por consiguiente, controla el tiempo y regula su paso con el fin de pisar la moqueta de la oficina a la hora en punto. Solo en una ocasión, al tener que detenerse a auxiliar a un ciclista en un accidente sin importancia, y a pesar de lanzarse a la carrera para llegar con su acostumbrada exactitud, se retrasó 6 minutos. Todo el mundo sabe que entró al trabajo consternado, con la mirada baja y se dirigió a su socio, mi padre, para pedirle públicamente disculpas. Lo que nadie sabe es que se autocastigó por ese desliz. Durante un mes salió a la 8 de casa —confesión de Doris— (y por lo tanto no miró su página porno —deducción mía—) e hizo un rodeo de 30 minutos más para llegar al trabajo; esos 30 minutos los hacía descalzo. En una de mis investigaciones lo encontré de esa guisa. Me dijo que algunas veces lo hacía así. Que en Japón era bastante común para fortalecer los pies (ja, ja).

9h-13h Trabajo. Cada operación la revisa tres veces. Suele llamar sorpresivamente a sus agentes de seguro y hacerse pasar por un cliente, alterando su voz. También de manera aleatoria se sienta durante algunas horas junto a alguno de sus empleados y observa detenidamente su trabajo, haciéndole constantes preguntas y anotando todo lo que debería mejorar. Al final de mes envía informes personalizados indicando a cada cual sus fortalezas y debilidades y la necesidad de mejorar sus procesos. Una vez al mes, también sin cita previa, se presenta algún examinador, pagado de su bolsillo, para evaluar su propio trabajo. Les ofrece una prima en función de que detecten errores significativos en su quehacer.

13.30h Comida en el restaurante «kechic!», en las afueras, a 12 kilómetros de su trabajo. Tiene un taxi reservado para que le traslade allí en, máximo, 30 minutos. Tras una selección minuciosa de locales en un radio de 15 kilómetros, decidió que este local le ofrecía la comida más saludable – sin dejar de ser gourmet—, variada y ajustada calidad-precio. Su mesa siempre está a punto y el menú diario, establecido. A las 15h está puntualmente de nuevo en la oficina.

19h Regreso a casa. Revisión de los deberes de Peter. Conversación durante 15 minutos con Doris para demostrarle que se interesa por sus cosas.

20h. Una hora de paseo dividida en cinco partes. 10 minutos de calentamiento (y observación), 10 minutos de marcha andando; otros 10 de marcha al trote; 20 minutos de carrera; 10 minutos de desaceleración. Por supuesto siempre realiza el mismo recorrido a menos que, durante el primer período de observación, aparezca su vecino del número 23 (un corredor de bolsa engreído y pedante) o la señora Bringa (una exiliada albanesa cuarentona, muy operada y con mucho dinero, que le tira los tejos); en esos casos opta por el recorrido B.

21.15h. Tras la ducha, cena frugal y, después, lo que fue crucial en mi investigación, mil y una tareas inventadas, de última hora, para ir a dormir más tarde que Doris (es decir, para no acostarse con ella). Tras un análisis exhaustivo de mis pesquisas, solo encajaba con ella, bíblicamente hablando –vamos se la follaba—, el primer sábado de cada mes.

En efecto, un verdadero «encaje de bolillos» donde cada cosa estaba en su lugar, y más relevante «y siempre existía un lugar para cada cosa». Recuerdo perfectamente aquella sobremesa en la que dijo exactamente eso: «hombre,

Fernando —dirigiéndose a mi padre— ¡cada cosa en su lugar!...»...A lo que yo repliqué, casi sin pensar, «¡Y un lugar para cada cosa!». Creo que fue la primera vez que reparó en mí, o mejor dicho que lo hizo de una forma distinta. Levantó la ceja izquierda, adelantó levemente ambos labios y dijo «por supuesto Lola, por supuesto, todas las cosas tienen un lugar».

¡Hasta ese maravilloso instante siempre me había llamado Lolita!

Conozco pues a Daniel perfectamente y por eso hoy, en mi 21 cumpleaños, a las 8 en punto de la mañana, abortando conscientemente su momento de placer onanista, le he llamado.

—¿Daniel? (silencio, intencionalmente largo y turbador, para comprobar su habilidad de reconocimiento)

—Loli..., Lola, ¿eres tú?

—Hola Daniel, sí, sí... ¿Sabes qué día es hoy?

—Ummmh... ¿tu cumpleaños y ya no puedes esperar por tu regalo?

—(Felicidad absoluta)... ¡Ja, ja! Sí y no...Es mi cumple pero no te llamo por ningún regalo.

Necesito decirte algo.

—...¿sí?...

—¿A las 8.55h frente a la oficina?

—Es que entro a las 9 en punto y no quisiera...

—Solo serán tres minutos exactos,...lo juro.

—Vale.

Ahí estaba con mis shorts más ceñidos que enmarcaban mi perfecto culito respingón, mi t-shirt pegada a la piel, dando relieve a mis pezones, pequeños pero durísimos, mis sandalias destapadas con mis piecitos perfectos y perfectamente decorados, mis labios pintados de rosa chicle, que rebasaban y rebosaban en y a mi boca, mi media melena con reflejos y mis gafas de sol Dolce & Gabbana, regalo suyo en mi veinte cumpleaños.

—8.55. Hola Lola, ¡fantástica puntualidad!...Me tienes en ascuas.

—Daniel, Doris no encaja en tu vida. Piénsalo.

Tras estamparle dos lentos y apasionados besos, achicletados, en cada una de sus mejillas (el segundo bastante cerca de la comisura de sus labios), me marché.

Era cierto. O bueno, a medias. Quizás Doris había tenido su momento, alguien como Daniel no podía haberse equivocado. Pero ahora, con el paso del tiempo, ya no tenía ese lugar. O mejor dicho, tendría su lugar, pero claramente no era en el que estaba, junto a Daniel, y Daniel sé que lo sabía. Tal vez no lo sabía de forma explícita, consciente, pero sé que implícitamente lo sabía. Solo necesitaba a alguien que se lo recordase.

\*\*\*

Me di una semana de tiempo para empezar a procesar la frase de Lola. Hasta entonces mi disciplina mental resolviendo conflictos, siempre me había dado excelentes resultados; como decía el profesor Taniko Masuhio en el máster, citando un conocido proverbio japonés, tarde o temprano la disciplina vence a la inteligencia. Transcurrida pues esa semana, el lunes a las 20h, durante mi hora de paseo, me dispuse a analizar sistemáticamente su afirmación. Se trataba de examinar su certeza: ¿Doris ya no encajaba en mi vida? Debo reconocer que Lola acertó tanto en la forma, — una frase escueta con el verbo «encajar» en ella—, como en el contenido. Hacía tiempo que había decidido mantener únicamente relaciones sexuales con Doris una vez al mes, cuanto antes nuestra vida sexual era frecuente e intensa, pero lo cierto es que hasta hoy no lo había considerado un posible desajuste y por ello no lo había abordado.

La otra cuestión era la portavoz, Lolita,... es decir Lola, su físico ya no dejaba lugar a ninguna duda, era toda una mujer, diría que una espléndida mujer. ¿Por qué habría decidido decirme eso y hacerlo el día de su cumpleaños de una manera tan enigmática y escueta? Eran dos cuestiones complejas que no se si debía analizar conjuntamente o por separado. Podría admitir que el encaje de Doris era un tema que hacía tiempo que me rondaba por la cabeza y el que otra persona cercana, con independencia de quien fuese, me lo hubiese dicho, no cambiaba el valor del contenido que debía afrontar. Sin embargo Lola no era cualquier conocido, era la hija de mi socio, de mi mejor amigo, casi una hija putativa. Tras pensar en ese término —«putativa»— sonrió, la verdad es que iba vestida de una manera muy provocativa, muy desvergonzada.

Decidí ir por partes y empezar por el tema de Doris. La siguiente semana anoté mentalmente su conducta.

Su día a día podría resumirse así.

7h Me despierto y voy al lavabo. Antes de ir a por mí café con leche me dice somnolienta «buenos días cariño, ¿te preparo algo?». Sabe que no, que solo quiero su desayuno el domingo, pero me gusta que me lo ofrezca.

7.30h Miro mi correo y después aligero mi pulsión sexual frente al ordenador. Creo que lo sabe desde siempre pero nunca hizo ninguna insinuación ni entró en mi despacho ni miró mi ordenador. Siempre respetuosa con mis cosas, atenta.

8.30h Salgo a trabajar. Ella se ha desperezado y levantado apenas hace 10 minutos. En el intervalo entre salir de casa y tomar el ascensor, siempre aparece con la yukata que le compré en nuestro viaje de bodas al Japón. Sabe que no me gusta entretenerme y por eso me besa mientras ando hacia el ascensor, o mientras lo espero, sin detenerme.

9h-13h Durante las horas de trabajo, en 17 años de matrimonio, nunca me llamó. En los esporádicos momentos en que tuve que llamarla, sus respuestas siempre fueron escuetas, concisas, resolutivas...

13.30h Durante mi almuerzo en el «kechic!», a las 14.10h puntualmente, me escribe un escueto WhatsApp: «¿todo bien?». Al que yo respondo indefectiblemente «todo perfecto, ¿y tú?», a lo que contesta invariablemente: «genial». Me gusta genial, es un superlativo claramente exagerado, pero también es un mensaje contundente: tras tantos años contigo sigo estando genial. Me reconforta.

19h Al regresar a casa, me pongo con las tareas de Peter. Doris sabe que es un momento especial para mí, el de conexión con mi hijo, y nunca se entromete. Sin embargo, antes de que yo llegue ha realizado un «cheeking» de sus tareas, ya ha previsto, por su cuenta, las posibles dificultades que Peter puede tener. Cuando no sé muy bien cómo ayudar a Peter, me acerco a la cocina con la excusa de un vaso de agua. Ella está allí y entonces suelto algún comentario del tipo «esto del álgebra lo tengo bastante oxidado», a lo que responde con mucho tacto...»¿no era aquello de... creo que en ese problema la x es...y el resultado daba algo así como...». Suelto un «ajá» y vuelvo con mi hijo para ofrecerle la solución que me engrandece a sus ojos.

20h. Salgo a correr. Ya puede estar enferma, necesitar azúcar, haberse quedado sin llave de casa...nunca en la vida me ha hecho perder ni un segundo. Solo cuando regreso me entero del percance, entonces le digo, con un enfado fingido

«¡por qué no me lo has dicho!», a lo que responde, con una asertividad también simulada «¡pero si no es nada...solo faltaría que no pudiese manejar esto sola!».

21.15h. Ducha, cena y entretenimiento. Generalmente me pongo a leer la novela del momento o, últimamente, a ver un nuevo capítulo de mi serie favorita. Nunca una queja, un reproche. Si alguna vez he tratado de acostarme antes, pensando en que quizás desearía mi compañía, me ha espetado, algo molesta, «¡pero cariño, te vas a perder tu serie!...Un hombre tan ocupado como tú necesita despejarse, entretenerse...anda vete a verla y el domingo me haces un resumen, isabes que me encanta que me la expliques!».

El primer sábado de cada mes, a partir de las 16h, cuando Peter ha salido con sus amigos y tiene permiso para regresar máximo a las 23h, hacemos el amor. No es como una rutina, ella siempre tiene alguna sorpresa para mí. A veces empieza con un masaje, otras con un nuevo conjunto; también en ocasiones hace de niña mala, algo que sabe que me encanta.

Nadie encajaría mejor en mi vida que Doris.

A todo esto, Lola no aguantó ni cinco días mi silencio. Me envió un primer What's Up en el que me preguntaba «¿lo has podido pensar?». Me pareció una intromisión mayúscula y una total falta de consideración ese tuteo directo, como si se dirigiese a un colega del instituto con el que comparte secretos y complicidades. Por supuesto no respondí.

A partir de ahí los mensajes eran diarios...» ¿recibiste mi mensaje?», «¿no contestas?», «estás enfadado?». A los 10 días no pudo más y se presentó en medio de mi sesión de jogging. Las gotas empezaban a rebasar mi vaso.

—¡Hola!. ¿Interrumpo?

—Si, lo haces, pero ya no tiene remedio.

—No te enfades, esto lo hago por nosotros. Sabes que tengo razón con respecto a Doris.

(Ese «nosotros» me hizo saltar todas las alarmas, ¿ella y yo?...Decidí actuar con cautela)

—Lola sé que te preocupas por mí y te lo agradezco, pero necesito mi tiempo.

—Lo sé, y sé que no te gusta que alteren tus rutinas pero quiero que me veas como parte de ti, ¿después de todo me resucitaste como a Blancanieves cuando ya estaba en el otro barrio? Ja, ja. (sus ojos buscaron mi complicidad y no sé si

la mueca que improvisé fue lo bastante empática)...Y añadió, «sé que los japoneses se sienten en deuda de por vida cuando alguien les hace un favor. Yo soy tuya de por vida». (Y se despidió sonriendo, alegre como un cascabel. Poco sabía que esa última frase la condenaba).

En efecto, en Japón no están muy bien vistos los regalos o los favores sorpresa. Obligan a quien los recibe a estar en deuda y esa deuda puede ser una desagradable losa. Para mí Lola se había convertido en esa losa. Al parecer estaba convencida de que, al haberle salvado la vida ese día en la playa, pasaba a ser de mi posesión, o a formar parte de mí, o no sé muy bien qué. La mención de «Blancanieves» me parecía una imagen realmente inquietante. ¿Pensaría que el boca-a-boca fue un beso de amor? ¿Qué sentía algo por ella más allá de un posible cariño paternal? Debía aclararlo, eso sí con mucho tacto porque muchas cosas estaban en juego.

Medité mucho sobre el correo que le envié a los tres días de nuestro encuentro.

—Lola, agradezco mucho tu apoyo y cariño, sé que solo pretendes ayudarme, pero estoy bien como estoy. Confío en que podremos seguir con nuestra relación de siempre. —(su respuesta no tardó en llegar ni medio minuto) ¡Daniell!, no debes preocuparte, como te dije estoy encarnada en ti. Otras parejas que llevaban más tiempo juntas se separaron, recuerda a los Solsona. Nadie como yo sabrá cuidarte. Tómate tu tiempo pero no tardes porque ardo en deseos de tenerte y de que me tengas...»

Fue como la ratificación de una sentencia. ¿»Encarnada en mi»? Dijese lo que dijese, hiciese lo que hiciese, ella se sentía en absoluta posesión de la verdad sobre mis ideas, intenciones y deseos. Pensaba que estaba en mí, que casi era yo mismo. ¿Cómo eliminar una idea tan viral de la cabeza de una aún adolescente, tan reactivamente primaria o loca o enamorada o todo a la vez? Habría que extirpar pero la cirugía debería ser muy precisa para evitar cualquier daño colateral.

Respondí sin demasiada dilación, el tiempo para Lola corría mucho más deprisa, las navidades se acercaban y los encuentros con nuestras familias, — con Doris, Peter, sus padres—. Eran situaciones propicias para que alguien tan joven e impulsiva, con alguna copa de más, pudiese hacer o decir cualquier barbaridad. Debía ganar tiempo, prevenir que eso pudiese ocurrir.

Un último correo. «Gracias por tu apoyo Lola. Tengo un plan, pero debemos ser absolutamente cautos y discretos. Dame un par de semanas y te lo cuento». Como esperaba su respuesta fue un vendaval y también un presagio: «¡Claro amor,...seré una tumba!

Buscando en Internet no me costó encontrar un fármaco de fácil acceso y cuyo rastro se eliminara rápidamente. La escopolamina, vulgarmente llamada burundanga o droga de la sumisión, dejaba a la víctima en un estado de semiinconsciencia por unas horas.

La cité en el parque de Miravén un poco antes de su cierre nocturno. Sabía que en alguna ocasión, corriendo por allí, paraba para comprar fruta en una tiendecita pakistaní y se había quedado encerrada dentro, llamando a sus padres para que avisasen al guarda y éste le abriera la verja. Fue fácil convencerla de que ella y yo celebraríamos el fin de año un mes antes, el 30 de noviembre. Llevé champagne y uvas, y en un banco de madera, apartado, escondido de cualquier mirada, le dije: «Amor, brindemos por el que será el año de nuestra nueva vida juntos». ¡Le pareció tan romántico! Bebió la primera copa, y su contenido, como un soplo. Hablamos pero no procesaba lo que me decía. En menos de treinta minutos los efectos de la burundanga se empezaron a notar. «¡por favor, bésame cómo entonces!», me dijo. Me resistí como pude: «¿antes debemos comer las uvas, no?, nos traerá suerte.

Como una posesa empezó a devorarlas. Cuando tomó la novena ya casi tenía la boca llena y empezaba a dormirse. Le di la décima y la apartó con la mano, sofocada. Me puse rápidamente los guantes blancos que utilizaba cuando trabajaba de encajador en el metro de Tokio. Amorosa, pero enérgicamente, le introduje las tres uvas que quedaban y le tape la boca y la nariz. "Amor debes comerlas todas para que nuestro futuro sea feliz" Casi dormida, apenas ofreció resistencia. En muchas de las noticias que revise, ahogarse con una uva no resultaba tan infrecuente

Tiempo atrás la había salvado de ahogarse, por error, y ahora reparaba mi error. Todo volvía a encajar.

# Un chef de mierda

Todo es una absurda equivocación. La presión era brutal. Tras salir de los fogones de la academia- restaurante «Je mange...moi non plus», después de cinco años estudiando y trabajando de jodidos pinches de cocina, cada uno se fue por su lado. En apenas dos años Luisa, realizando todos los platos, salsas y guarniciones que pueden dar de sí los erizos de mar, había conseguido su estrella Michelin, y Mauricio, a base de maridajes entre aceites, chocolates y mermeladas, estaba en vías de lograrla también. Yo seguía estancado con mi chiringuito de playa y mis postres alternativos de algas y percebes confitados.

Me había empeñado hasta las cejas para poder comprar un quiosco abandonado en plena playa de Vilafortuny, carcomido por el salitre y maltratado por los bañistas que lo habían transformado en su refugio. Desde el primer día mi objetivo fue transformarlo en un centro de referencia gastronómico en la Costa Blanca. Pero como se suele decir, me crecieron los enanos, en forma de cocineros drogatas, camareras promiscuas, proveedores mafiosos o neveras que cocían los alimentos en lugar de refrigerarlos.

Por si eso fuera poco, a los tres meses de la inauguración, cuando a pesar de todo estábamos empezando a tener una clientela fiel y cada día más selecta, dos conocidos críticos culinarios, que aquel verano casualmente veraneaban por la zona, coincidieron una noche en mi establecimiento y no dejaron títtere con cabeza: «El chiringuito Vila de Fortuna, ofende el paladar de sus clientes con disparatadas recetas a base de mezclar texturas, sabores y productos, sin criterio ni sensibilidad, y solo consigue convertirse en inolvidable gracias a los ardores estomacales que provocan sus fritangas»

Sus críticas nos hicieron entrar en un mundo de tinieblas y soledad en el que anduvimos sumergidos mucho tiempo. De nada sirvieron los intentos de cambiar la carta y ajustar los precios. Ni siquiera con ofertas de packs familiares y para empresas salíamos del agujero. La ruina estaba a punto de engullirnos.

Creo recordar que la fortuna visitó nuestro chiringuito un viernes, tras mi paseo matutino por la playa. Realicé mi crema Vichyssoise de tamarindo y menta habitual, el único plato personal que aún tenía relativo éxito, cuando, al probarla, como suelo hacer con todos mis platos antes de que salgan a sala, me sorprendió un sabor contundente, especiado, único, pero que extrañamente no acertaba a identificar. Aquel sabor misterioso había transformado mi crema, que ahora poseía una nueva complejidad. Unos diminutos pedacitos ya desechos, que dejaban un rastro verde, apenas perceptibles, podían ser los responsables. Sin embargo, por más que me esforcé en buscar su origen entre los productos de mi cocina, no logré encontrar esa textura y ese nuevo sabor. Así que tras darle muchas vueltas llegué a la conclusión de que algo «externo» había llegado fortuitamente a mi plato. Lógicamente me olvidé del asunto.

Pero esa noche al llegar a casa y hacer lo que siempre hago, quitarme la ropa sucia y meterla en la lavadora, no sin antes examinar los bolsillos para extraer los centenares de objetos de toda índole que suelo introducir en ellos –desde notas a bolígrafo, hasta bolsitas de té, mecheros, mondadientes, o cucharitas...— percibí en una manga de mi camisa blanca una mancha de color verde oscuro y unos pedacitos del mismo color pegados a ella. No tuve ninguna duda, eran los mismos que habían aparecido en mi Vichyssoise. Tampoco tuve duda de su naturaleza, se trataba del excremento de alguna ave que había hecho diana en mi manga, vamos ¡una cagada! Había salido a pasear con esa camisa y algún pájaro me había dejado un ingrato regalito. Intuí que el proyectil se habría secado en mi manga y, al hacer la crema y con el movimiento, había caído en el plato. Sin embargo el resultado, lejos de resultar asqueroso, me había parecido interesante, casi diría que succulento.

A partir de ese descubrimiento, el poco tiempo libre que me dejaba el negocio lo dediqué a investigar sobre excrementos de ave. En la web zoobot de la Facultad de Ciencias Biológicas de la Universidad de Valencia encontré imágenes y explicaciones detalladas del tipo de excreciones que emiten los principales ejemplares de aves que habitan en el litoral mediterráneo. Descubrí también que no todo eran secreciones anales, existían las egagrópilas, bolas de alimentos no digeridos que regurgitan algunas aves carnívoras. Su consistencia era variable: espinas, escamas, uñas, huesos, vegetales, pelambre, piel... Para mi sorpresa no sentí náuseas después de leer aquello y recordar que algunos de mis clientes y

yo habíamos comido algo parecido. Además estaba muy de moda comer insectos y gusanos, ricos en proteínas. Lo malo es que todos los estudios experimentales dejaban muy claro que comer deposiciones, en general, sano, no era. Pero seguí investigando. Me enteré de que existen animales que comen excrementos, los suyos o los de otros. El ser humano también puede llegar a hacerlo y ello tiene un nombre: «coprofagia». Se ha considerado habitualmente una patología y también una forma de perversión sexual, pero algunos investigadores afirmaban que las heces de una persona sana no son tóxicas y pueden aportar nutrientes, de igual forma que la orina. Sin pensarlo demasiado y con el ímpetu de un explorador que se interna en un territorio desconocido, empecé a experimentar en base a mis propias heces.

Al principio me centré en la cantidad. Sobre diferentes bases de platos vegetales y animales determiné la cantidad significativa que otorgaba singularidad al plato. Fue un inicio horrible ya que al llevarlo en secreto tuve que ser yo el único que probase mis experimentos. Esto me sirvió, por lo menos, para ir creando un compendio de recetas del tipo de hortalizas, pastas, carnes, aves y otros productos comestibles, cuya combinación daba lugar, tras su apropiado procesamiento, a distintos tipos de resultados; algunos indigeribles, pero otros con gustos realmente exóticos, perturbadores y, en alguna ocasión, sublimes.

Después tuve que hilar más fino y mi propia dieta fue objeto de estudio y transformación en función del «producto» obtenido. Me sentía una especie de compositor de texturas y sabores que eran interpretadas a través de un instrumento singular, mi aparato digestivo. Poco a poco fui seleccionando los mejores resultados, anotando detalladamente todo el proceso, desde la selección de las viandas a ingerir, el input en el paladar –el orden y cantidades-, las sensaciones al producirse su cultivo en mis intestinos, el momento del output –la rapidez y fluidez de la operación- y finalmente, la degustación de la obra creada, es decir el post-gusto tras esa prodigiosa elaboración.

Cuando estuve seguro de poder ofrecer un menú completo, tuve una charla con mi equipo para advertirles de que estábamos a punto de transformar el concepto «Kilómetro cero», dando un paso que nadie hasta ahora se había atrevido a dar. Si la respuesta era la que yo esperaba iba a haber un antes y un

después en el significado de plato de autor. Estaba seguro de obtener un éxito descomunal.

Pero todo se estropeó cuando comencé a explicarles los detalles; empezaron a mirarse entre ellos y a moverse inquietos, después vinieron los murmullos y finalmente las exclamaciones y los insultos. Fue muy desagradable, me dolió. Tuve que despedirlos a todos pero el plan seguía en pie.

Contraté un par de emigrantes sin papeles para que hiciesen de camareros y les prohibí entrar en mi cocina. Debían limitarse a servir mis platos. Era un menú único: mi crema Vichisoisse revisitada, unas albóndigas muy jugosas y unos creps de postre, con un punto de azúcar. Y por fin llegó el primer día en que puse a prueba mi revolucionario menú.

Desde mi cocina, por una rendija de la puerta que conectaba con el comedor, observé con ansiedad las caras y expresiones de los pocos clientes que habían acudido a la llamada...No habían transcurrido ni quince minutos cuando la primera mesa pidió a Amir si podía repetir la crema. Poco después otra mesa hizo lo propio con las albóndigas. Los comensales hablaban animadamente entre ellos, distendidos, felices. Me pareció percibir un «son las mejores que he comido... Cuando llegaron los postres y los camareros no paraban de hacerse eco de las alabanzas de los clientes, decidí aparecer en la sala. Como un resorte, se incorporaron de sus sillas y aplaudieron entusiastas: «una comida extraordinaria», «felicidades por esta experiencia», «¿puede reservarse para el fin de semana?».

A las tres semanas no quedaba una mesa libre... durante los siguientes cinco meses! El éxito era apoteósico y ya tenía una carta completa dispuesta con mis mejores «dis-de-posiciones». Lógicamente yo solo ya no podía abastecer la demanda y tuve que contratar a otros proveedores. Las condiciones eran previsibles: un completo certificado de salud (con un análisis exhaustivo del sistema digestivo y las heces fecales), un contrato de absoluta confidencialidad y una estricta dieta, de elaboración propia, que debía seguirse al pie de la letra. Los honorarios eran realmente atractivos y sin competición en el mercado. También amplí mi equipo de sala y cocina con contratos similares y sueldos muy por encima de los habituales. Podía permitírmelo, mis platos eran caros, los clientes se peleaban por venir y los productos básicos, a pesar de su frescura, eran relativamente económicos.

Por si ello fuera poco mis críticos de entonces regresaron a mi restaurante, y esta vez los elogios fueron espectaculares «El chiringuito Vila de Fortuna se ha convertido en la revelación de la temporada y, o mucho nos equivocamos, o estamos ante la nueva meca de la gastronomía mundial».

Pero claro, los envidiosos siempre andan acechando y algunos de los camareros y cocineros a los que despedí se conjuraron para vengarse y me denunciaron por «intoxicación alimenticia con alimentos de desecho»...Me enteré el mismo día que un equipo de inspectores de sanidad irrumpió en mi establecimiento y tomaron muestras de todos mis platos, precintando cautelarmente el restaurante. A los pocos días me llamaron para testificar y la noticia inundó todos los medios de comunicación con los titulares menos imaginativos que uno pueda imaginarse:

«daba comida dando por culo», «nos cagó a todos»...«vaya chef de mierda, literalmente».

El juicio rápido duró solo treinta minutos. Según el juez las pruebas eran concluyentes; un delito grave contra la salud pública. Mi abogado insistió en que ninguno de mis clientes había tenido ningún problema de salud e incluso afirmó que varios de ellos sostenían que la comida era deliciosa y volverían a repetir, pero ninguno quiso venir a declarar a mi favor. Iba a ingresar en la cárcel en breve por un período no inferior a los 9 meses de condena. En los días siguientes esperé en vano el apoyo de algunos de mis compañeros de profesión. Tras una entrevista en un programa basura, en la que mi excolega y supuesto amigo Mauricio se explayaba tratándome de una abominación de la profesión, decidí no ver ni leer nada más. Me encerré en mi apartamento esperando el día de mi ingreso en prisión.

En vísperas de mi despedida de la libertad, alguien llamó decididamente a mi puerta. Hacía muchos días que no contestaba al teléfono –me insultaban y amenazaban continuamente- y menos abría la puerta de casa. Sin embargo quien la aporreaba era obstinado y su voz repetía con insistencia que era abogado y podía ayudarme. Tras comprobar por la mirilla que se trataba de un joven hipster, encorbatado y enjuto, decidí responder. ¡Dígame que quiere!

—Señor represento a un grupo de asociaciones ecologistas que quieren presentar una recusación a su sentencia por considerarla injusta. Tras pasarme

sus credenciales y las de esas asociaciones por debajo de la puerta, le dejé entrar.

A partir de ese momento todo dio un vuelco de 360 grados. Se aplazó mi entrada en prisión y se abrió un nuevo proceso que culminaría en un nuevo juicio con tribunal popular para recusar la primera sentencia. La red de asociaciones *Ecological Power* tenía una enorme influencia en las redes sociales e hicieron una enorme campaña a favor de mi cocina natural y creativa. Mi nueva abogada recordó que muchas de nuestras mascotas comen heces, como los perros, los conejos, los hámsteres; también nuestros primos en la escala evolutiva, los primates lo hacen, sin que por ello se resienta su salud, muy al contrario. También recordaron el ejemplo de Santa Margarita de Alacoque que, según parece, practicaba la coprofagia con sus enfermos como una forma de santificación. Finalmente expusieron los estudios de la prestigiosa publicación *New England Journal of Medicine* en la que se demostraba que los trasplantes fecales –las heces de un individuo se inoculan en los intestinos de otra persona– son mejores para combatir las infecciones bacterianas que cualquiera de los antibióticos existentes. Ante la pregunta de si también se iba a condenar al reino animal, a la iglesia y a la ciencia, el tribunal dictaminó mi no culpabilidad. Eso sí, tuve que pagar una multa por no informar a mis clientes de la composición exacta de mis guisos.

Tras la retirada de los cargos tuve numerosas ofertas para asociarse conmigo en mi nuevo negocio. Opté por una empresa de restauración noruega que daba una estupenda imagen de pulcritud, calidad y salud. Ahora hemos creado una cadena de restaurantes populares bio-saludables «*Gastromerde*», una red en internet de comida a domicilio «*Shit-Food*» y nuestro restaurante top: «Mierda excelsa», que acaba de ser galardonado con su primera estrella Michelin.

Eso sí, entre mis empleados está estrictamente prohibido nombrar a la mierda en vano. Cualquier expresión del tipo ¡vete a la mierda!, ¡y una mierda! o ¡a la mierda! son motivo de fulminante despido. Y es que la mierda me lo ha dado todo.

# El ama

Ya habíamos acabado de cenar cuando sonaron las diez campanadas. Miré hacia la ciudad, un negro zoo geométrico salpicado de puntos de luz que se extendía hasta el mar. Había llegado la hora. Solo tenía que entrar con alguna excusa en la casa y dejar sola a Lola en la terraza, demorarme un poco, resistir estoicamente sus gritos y en diez minutos todo habría terminado. Pero un sentimiento de culpa cruzó por mi mente en aquella tórrida noche de mediados de agosto. Yo sé que la canícula me debilita— por no decir que me vence— tanto física como moralmente. Cuando el entorno presiona, la animalidad rompe sus cadenas y sale al exterior, decía Sebastián. Finalmente no hice nada y le sugerí a Lola que entrásemos.

—¡Pero ahora se está muy bien aquí!, protestó.

—Tengo unos vecinos muy quisquillosos que se molestan y llaman a la policía si hago ruido.

—¿Aunque solo sean las diez de la noche?

Lo dijo vocalizando lentamente, me empezaba a odiar.

—Para ellos es tarde.

—¿Y para ti?

Entonces me pareció oírlo y miré hacia el campanario. Aunque no pude ver nada empecé a ponerme muy nervioso.

—Lola, de verdad que no vale la pena, es de esa gente con la que resulta imposible razonar.

—De acuerdo, pero antes recogemos un poco las cosas.

—¡Que no! ¡Que no! Qué pereza, mañana, de verdad...

La tuve casi que empujar para que entrase en la casa.

—Ves a la salita del fondo, mientras yo cierro esto. No tardo ni un minuto.

Cogí precipitadamente una gran bandeja que llené con todo lo que encontré en la nevera y la dejé en el centro de la mesa de la terraza. Cerré las puertas de la terraza y bajé todas las persianas. Fui hacia la salita, intentaba no hacer ningún

ruido y Lola debía encontrar cómicos mis esfuerzos pues sonreía mientras me acercaba.

—¿No dejas que se ventile un poco la casa?—me dijo con la evidente intención de provocarme.

—Lola, Lola, es que estos vecinos suelen cocinar de buena mañana y el olor que se cuele, si tengo abierto, es insoportable. Así que mejor cierro ahora y mañana no me tengo que levantar temprano

¿De acuerdo? ¿Es necesario que justifique todo lo que hago en mi casa?

—Tú sabrás. Los hombres que vivís solos os volvéis muy raritos.

—¡Mujer! Como dices esas cosas...

Pocos meses antes hubiese dado cualquier cosa por estar así con Lola, en mi casa, tras una cenita romántica y tomando un café en el sofá. Ahora solo quería que se marchase cuanto antes. Me aterrorizaba pensar que pudiese verla y las posibles consecuencias de ese encuentro.

Mientras preparaba el café seguía atento a lo que pudiera pasar en la terraza. A pesar de estar en el otro extremo de la casa y de haberlo cerrado todo a cal y canto mi excitada consciencia empezaba a percibir los primeros sonidos y golpes.

—Parece que se ha levantado un poco de viento— me vi obligado a decir más para mí que para ella— esos ruidos los produce el viento en la terraza.

—¿Qué ruidos? —Era el colmo. Yo trataba de mantener la calma y ella jugaba a las adivinanzas. No aguanté más.

—Mira Lola la verdad es que estoy un poco cansado y ahora mismo tus paranoias no me hacen gracia. Como comprenderás conozco perfectamente los ruidos de mi casa.

Lo dije con mala leche y para Lola fue la gota que colmó el vaso.

—Será mejor que no tomemos ese café, está claro que hoy no es tu día o que simplemente no somos especialmente compatibles. Cogió su bolso con rabia y se fue sin mirarme.

Tras el portazo estaba seguro de dos cosas: a) no volvería a ver a Lola, y b) probablemente le había salvado la vida.

Después de esperar unos minutos escuchando en silencio detrás de la puerta para asegurarme de que se había ido, me encerré en mi dormitorio y taché su nombre de la agenda.

Cerré las luces y me dirigí lentamente a mi dormitorio sabiendo que esta noche tampoco podría dormir. Me sentía cada día más solo. Encontraba a faltar a Sebastián; hacía una semana que no conseguía dar con él, o simplemente no quería responderme tras nuestra fuerte discusión (su nombre también estaba tachado de mi lista).

Sorprendentemente, cuando al día siguiente salí a la terraza, lo encontré todo como lo había dejado por la noche. La bandeja en el centro de la mesa estaba intacta, los vasos y las copas seguían en su sitio y ni una sola servilleta había caído al suelo. Jugaba conmigo a su antojo, quería mantenerme siempre alerta, atenta a sus deseos.

Todo empezó apenas hace tres semanas. Desde que vi de pequeño «Los pájaros» de Hitchcock siempre me han repugnado las aves. El asco se convierte en terror cuanto más grandes son. Puedo tolerar la presencia de palomas, siempre y cuando no se acerquen demasiado. La simple idea de que alguna pluma contacte con mi piel, me produce ansiedad.

En los dos años que hace que compré este ático, con terraza y vistas al mar y a la iglesia de San Cipriano, nunca había pensado en mi vieja fobia a las aves. Pero hará unos dos meses encontré una paloma en mi terraza con dificultades para volar y mi aprensión volvió en forma de temor y repugnancia. ¿Qué hacer? Recurrí, tragándome la vergüenza, a pedir ayuda a mi amigo Sebastián, que siempre está en buena disposición para echarme una mano. Vive cerca y de pequeño se crio en una granja por lo que tocar animales, plumíferos incluidos, no le da ningún reparo. Creo que de hecho le gusta cazarlos, tirándoles una manta encima y agarrándolos luego con las manos y, con cariño, devolverlos de nuevo a la libertad.

Pasaron unos días y esta vez lo que me encontré entre dos tiestos fue el cadáver del canario del vecino. Se lo dije y fue él mismo quien lo recogió y se lo llevó. Comentamos que parecía como si hubieran querido ocultarlo allí donde lo encontré pero no supimos determinar el porqué, ni cómo se habría abierto la puerta de la jaula. En los patios de abajo hay gatos pero nunca han subido hasta los áticos, me aseguró el vecino.

Lo siguiente que hallé al cabo de una semana fue una cotorra despanzurrada. Esta vez no había duda de la violencia. El shock que me produjo ver al animal con las tripas fuera sobre una mancha oscura de sangre hizo que perdiera la

visión por unos segundos y casi el equilibrio. Me alejé como pude, me apoye en la pared y me esforcé en mirar hacia otro lado. Cuando ya me recuperaba aún tuve la extraña sensación de que una sombra oscurecía mi terraza durante un instante, pero al alzar la vista no vi nada, solo la silueta del campanario se recortaba en un cielo completamente azul. Absurdamente pensé que más tarde o más temprano, el autor del despanzurramiento volvería y se llevaría su presa. Pero cuando volví a casa al anochecer, la cotorra no se había movido, claro. Esta vez mi amigo no contestó al teléfono y tras muchas dudas pensé que con una escoba podría arrojar fácilmente a la pobre cotorra al vacío, caería en los patios y los gatos tendrían un rato de entretenimiento aquella noche. Eso hice, solo tuve que empujarla con el cepillo de la escoba hasta el borde de la terraza. Estaba temblando y en el momento en que desaparecía el bicho de nuevo una sombra cruzó la terraza y de nuevo no vi nada en el cielo al levantar la vista. Después mire hacia abajo y en los patios tampoco vi al pequeño cadáver, sin duda los gatos estaban hambrientos.

Para serenarme abrí una botella de Malbec y bebí un par de copas, después me acosté e intenté leer un poco, pero no podía concentrarme. Cuando cerraba los ojos solo veía aquella sombra siniestra. Me levanté y regresé con la botella y un par de somníferos. Habría dormido apenas una hora cuando un ruido espeluznante me despertó, un chillido estridente, nada humano.

Fui a la cocina, sin abrir ninguna luz miré hacia la terraza y vi como una enorme forma oscura de unos dos metros picoteaba el vientre de una especie de urraca que todavía movía espasmódicamente las alas. Esa criatura me daba la espalda y me pareció completamente concentrada en lo que hacía, pero de repente se giró y dos ojos amarillos me atravesaron. Entonces extendió dos alas enormes como sábanas negras y saltó al patio de al lado con su presa. Seguí mirando un rato más pero ya no vi nada. Estaba horrorizado, no podía volver a meterme en la cama en aquel estado. De nuevo oí aquel grito bestial y agudo y, casi en contra de mi propia voluntad, me acerqué a la verja que separa ambas terrazas, atraído por aquel horror, igual que atrae el abismo a quien no soporta las alturas.

Separé el brezo, y puede contemplar la escena. Era un cementerio, su cementerio. No reconocí la terraza de mi vecino, aquello más se parecía a un matadero; unos quince cadáveres de distintas aves, la mayoría palomas, pero

también lo que parecían cuervos o urracas, se esparcían por el suelo, destripados en distintos grados. Aquel monstruo de pesadilla se paseaba lentamente por su macabro territorio y cuando me vio, voló hacia mi verja, posándose en ella. Yo me retiré lo más rápido que pude dando con mi espalda en la pared más alejada. Me miró intensamente, y emitió otra vez su graznido. Yo inexplicablemente entendí que me estaba dando una orden: «No mires, estoy comiendo». Salí corriendo y me refugié en casa, cerrando todas las ventanas. Debí perder la conciencia repentinamente, quizás por la tensión, y amanecí tirado en el suelo de la cocina.

Un miedo constante me retuvo en casa y aún menos osaba salir a la terraza; pasé más de tres días recluso junto a la ventana de la cocina, observando alternativamente las terrazas y el campanario. Solo dejaba mi vigilancia para ir al lavabo cuando ya no podía más y para comer algo de la nevera. Al anoecer del sexto día no había pasado nada extraño y me empezaba a cansar. Eso era un buen síntoma, pensé. También empecé a dudar de mis sentidos; ¿y si todo había sido una pesadilla muy realista, causada por mis obsesiones y el vino? Intenté darme ánimos y bajé al super a comprar fruta y unas cervezas. Eso me sirvió para comprobar que aún me podía comunicar con mis semejantes y que el mundo seguía igual que lo había dejado. Supongo que debido a la especie de euforia que me produjo esa mejoría en el ánimo, me preparé una cena decente, espaguetis carbonara, abrí una botella de Merlot y, aunque aún estaba un poco asustado, decidí cenar en la terraza, ¿para qué me había comprado un ático sino?

Lo primero que hice al salir fue mirar a través del brezo la terraza de mi vecino. No había nada de lo que había visto aquella noche, ningún cadáver, ningún ente infernal, las plantas de siempre, ordenadas como siempre. ¿Lo ves? me dije, una pesadilla y nada más. Cada vez más sereno lo preparé todo sin prisa, disfrutando por primera vez en muchos días de la deliciosa brisa nocturna que ascendía desde el mar. Cené a la luz de unas velas y después me tumbé en la hamaca a mirar la luna. Tenía aquella forma de cuarto menguante de los cuentos de hadas, y parecía conversar con la seria silueta del campanario que, mirando hacia arriba, muy pausadamente, le respondía cada cuarto de hora, no sé si con un sí o con un no.

¡Qué iluso fui! Sin que supiese de dónde ni como, aquel monstruo se posó encima de la mesa y empezó a devorar lo que había quedado en la bandeja de los espaguetis. Sus movimientos bruscos y salvajes derribaron la botella de vino y los platos se hacían añicos contra el suelo. Después, sin darme tiempo a reaccionar, se me plantó delante y me dio un picotazo en la mano. La fiereza con que destrozó y engulló todo lo que había en la mesa me hizo comprender que su picotazo era apenas un pellizco. Hubiese podido mutilarme sin problemas. Trataba de comunicarse, en realidad me estaba dando órdenes. Ese ser inmundo quería un proveedor, un esclavo que le proporcionase víctimas o, en su defecto, cadáveres frescos. Los siguientes minutos fueron de entrenamiento. Me miraba y graznaba; yo entraba corriendo en la cocina y salía con la comida que encontraba, si no obedecía en el sentido esperado acercaba su pico a mi cara y lo abría y cerraba dos o tres veces frente a mi nariz. La amenaza era diáfana. Pronto aprendí que lo más sustancial y consistente iba primero.

Al terminar su festín, agrupó los restos de comida con el pico, me miró y volvió a graznar. Pensé que había concluido y que debía desaparecer, pero al dirigirme tembloroso a la puerta de la cocina un picotazo, más intenso que el primero, penetró en mi hombro. Se había posado de nuevo sobre las sobras. El ama, mi ama, me llamaba. Me acerqué, y tomó una masa informe de comida y me la ofreció. Lo engullí como pude, el miedo era más fuerte que el asco. Seguí comiendo hasta que se marchó. Podía entenderse como un gesto de generosidad, sin embargo era sobre todo un gesto de poder, de dominación, cuidaba de su posesión, de su esclavo.

Cuando el campanario daba las siete y cuarto me desperté, temblando de frío. Había una copa en el suelo rota, pero nada más. Probablemente la habría tirado el viento. Pero mi estado volvía a empeorar, no me atreví a mirar al patio del vecino y cuando las campanadas repicaron de nuevo sentí tal terror que me encerré en la cocina de nuevo, a cal y canto. A media tarde, con la pizca de valor que me quedaba, llamé a Sebastián. Esta vez contestó al teléfono. Mi voz debía ser tan expresiva que solo tuve que decirle hola para que me respondiera alarmado «¿qué te pasa? ¡Vengo enseguida!».

Mientras trataba de contarle a duras penas lo ocurrido, salimos a la terraza. Sebas estaba diciendo algo así como «¿qué un bicho volador te tiene acorralado?»...casi no pudo terminar, de un picotazo le arrancó la piel de medio

brazo y se la llevó colgando del pico. Gritando de dolor, sangrando a espuertas, lo metí en la casa.

¡Tienes que ir al médico!,...no, lo siento, yo no puedo acompañarte, tú no lo entiendes...Aún sin entenderlo, salió en busca de un taxi que lo llevase. ¿Cómo explicarle a Sebas que él era la comida que le llevaba ese día? Juró que volvería con una escopeta de caza y que agujerearía a esa hija de puta.

Pasadas unas horas, su graznido me reclamaba de nuevo. Se posó con autoridad sobre la mesa, y cuando estaba suficientemente cerca, regurgitó una especie de vómito. En medio del fluido sanguinolento algo consistente fue perfilándose: un dedo. Aún era visible el pequeño tatuaje de una clave de sol que Sebas se había hecho, apenas hacía seis meses, a lo largo de su índice. Repetía continuamente que su índice siempre señalaba al sol. Lo había seguido y, probablemente, asesinado. Con un poco de suerte encontrarían lo que quedase de su cuerpo e indagarían las causas, elaborarían un perfil del asesino...Una posibilidad entre un millón.

Tras dos semanas de encierro y silencio, solo roto por los del supermercado que venían a abastecerme de sus viandas preferidas, comprendí que nadie encontraría a Sebastián y, consecuentemente, mi pesadilla no tendría fin. Pensé en el suicidio o, aún mejor, en una acción suicida que lo llevase conmigo al infierno, pero no tenía la mínima valentía necesaria para quitarme la vida.

No sé cuántos días y horas llevaría agazapado detrás de la puerta que daba a la escalera. En los momentos en que no atendía las llamadas, cada vez más frecuentes, de mi ama, me ponía allí para oír las voces humanas de mis vecinos que me recordasen que aún formaba parte de su misma especie. Creo que fue al mediodía cuando alguien llamó a mi puerta y aunque no me atreví a abrirla, pude escuchar con claridad al comercial que gritaba: «si es propietario, alquile su piso o alguna de sus habitaciones al mejor precio del mercado».

Como si hubiese tenido una revelación mística, tome el móvil, mi único cordón umbilical con el exterior, y busqué portales en Internet donde se apuntaban personas que necesitaban un alojamiento. Pasé toda la noche revisando solicitudes hasta que al final encontré lo que buscaba. Raúl Fonseca, un emigrante hondureño, respondía al perfil. Era solo un año mayor que yo, tenía la misma poca cantidad de pelo de color castaño, una estatura similar a la mía, y

unos ojos asustadizos que podía reconocer. Escribí de inmediato y en cuestión de horas estaba en casa.

El Sr. Fonseca no salía de su asombro. El precio era regalado, como lo eran mis muebles, mi ropa, mi colonia, se lo dejaba todo. Me preguntó que cual era el truco y le mentí, no había truco debía partir urgentemente para Australia. Mi hija divorciada y mis nietos estaban allí y a ella le habían diagnosticado una leucemia. Debía ocuparme de mi única familia. Lo único que le pedía era que me entregase los seis primeros meses por adelantado y en efectivo.

Llegó puntual, con dos maletas y el dinero. Él no lo sabía pero era el día de su «estreno» y yo no dejaba de pensar si su única audiencia lo aceptaría. Me despedí de él desde la cocina y lo dejé en la terraza. Cuando salía por la puerta me pareció oír un sonido familiar, pero no miré atrás. Tomé precipitadamente el taxi que estaba esperándome en la entrada para llevarme al aeropuerto y pasé todo el trayecto mirando compulsivamente al cielo por si aparecía alguna sombra entre las nubes. Al llegar, no entré de inmediato. Me quedé frente a las puertas giratorias esperando, tembloroso. Cinco minutos, diez minutos, quince minutos. Nada. Iría a Pekín, una de las ciudades más contaminadas y con menos pájaros del mundo. Me haría alguna intervención estética para darle un aspecto asiático a mi rostro. El esclavo había huido. Era libre de nuevo.

# La herencia

La noticia nos cogió merendando y rememorando la inocentada que le hicimos a Paco el día anterior, 28 de diciembre. Las tres nos reíamos a carcajadas cuando sonó el teléfono de Marta y nos enteramos. No lo podíamos creer, hacía menos de veinticuatro horas que Paco se había marchado de aquella manera tan extraña. Estábamos preparadas para un enfado de varios días pero no para no volver a verlo más. La noticia nos dejó hechas polvo como suele decirse, aunque no tanto como a Pilar, claro. Salimos corriendo hacia su casa que estaba cerca de la cafetería. Cuando nos abrió la puerta su cara era un paisaje después de la batalla; blanca, demacrada, vencida, rota. La seguimos al comedor y nos indicó con un gesto de la mano que nos sentáramos. En la otra mano llevaba un papel que me alcanzó a mí, la que estaba más cerca. La policía me ha dado esto, dijo. La nota decía «Nadie es responsable de esta decisión, solo yo. Me quito la vida para no sufrir más y no hacer sufrir por más tiempo a aquellos que amo».

Marta se tapó la cara con las dos manos mientras repetía con una voz casi imperceptible, no puede ser, no puede ser, no puede ser, y Ana sufrió una súbita bajada de tensión que por suerte la pilló sentada. Yo empecé a llorar compulsivamente.

\*\*\*

La noche anterior nosotras ya habíamos empezado a cenar cuando Paco se presentó con cierto aire de misterio. Se sentó a un lado y ni se disculpó por haber llegado tarde. Cuando le preguntamos cómo le iban las cosas pareció ponerse nervioso y nos explicó en dos palabras sus últimos días con Pilar en el chalet que habían alquilado el anterior fin de semana y que acabó siendo el inesperado escenario de su ruptura. Había venido un momento para no hacernos un feo, pero se tenía que ir de inmediato.

—No culpo a Pilar— decía— hacía tiempo que yo no era yo y aunque la quería mucho— la sigo queriendo— todo se precipitó. En definitiva, comprendí que

estaría mejor sin mí. Ahora podéis entender por qué tengo ganas de estar solo.

Entonces entró en acción Marta con un primer par de banderillas.

—Paco, sé que lo estás pasando mal, que estás confuso todavía, pero ¿por qué llamas Pilar a Paola? ¿Es algo entre vosotros?

La cara de nuestro amigo expresó primero una extraña perplejidad para, después, medio sonriendo, decirle a Marta que lo que acababa de decir era absurdo. Pero acto seguido fue Ana la que insistió en recordarle que su ex se llamaba Paola, no Pilar. Segunda tanda de banderillas.

—¿Os habéis vuelto locas o es que os habéis fumado alguna cosa?

—Me estás empezando a preocupar Paco— intervine ahora yo — Te estamos hablando en serio. ¿Por qué no llamas por teléfono a tu ex y le preguntas cuál es su nombre?

Ese fue el descabello. Tendría que habernos extrañado su poca resistencia, su actitud dubitativa. La llamó — Hola Pilar, ¿eres tú?— y las tres escuchamos como Pilar le gritaba que quién era Pilar. Paco se quedó congelado, pálido y yo le cogí el móvil

—Paola, soy Laura, estamos cenando Ana, Marta, Paco y yo. Creo que Paco está llevando demasiado lejos una broma estúpida. Discúlpanos a todos. Adiós, no te molestamos más.

Paco inmediatamente, para el asombro de las tres, se levantó, cual Lázaro resucitado de entre los muertos, ya que lívido es poco decir, y sin mirar a nadie ni decir una sola palabra salió del restaurante. En cuanto desapareció estallamos en una estruendosa carcajada que el resto de la gente que estaba allí cenando se tomó con bastante menos humor que nosotras.

Entonces pedimos algunas copas y nos pusimos a esperar a que atase cabos y volviese para reñirnos cariñosamente; o igual se daría cuenta al llegar a casa y nos llamaría— ¡Sí, era el 28 de diciembre, los santos inocentes!; sí, seguro que nos llamaría y se reiría con nosotras de la broma; desde luego más relajado y alegre que el cadáver que había atravesado la puerta del restaurante. Pero nada, ni aparecía, ni nos llamaba.

—¿Tanto se habrá enfadado?— pregunté a mis amigas cuando miré el reloj y vi que ya habían pasado más de dos horas. Seguro que ahora es él el que nos quiere hacer pasar un mal rato, pensamos entonces. Lo llamamos un par de veces para explicarle el montaje pero no respondió al teléfono; Tras esperarle

otras dos horas más sin que diese señales de vida concluimos que quizás sí nos habíamos excedido; hacía muy poco de su separación con Pilar y aún estaba tocado. Aunque, por otra parte, Pilar no se negó a participar en la inocentada cuando se lo propusimos. Nos dijo que igual ese juego distendía los problemas entre ellos y les volvía a acercar. Así quedó la cosa aquella noche.

\*\*\*

Después, pasado un tiempo, hablando con algunos amigos y con su hermana, conocimos algunas circunstancias muy especiales de la vida de Paco y pudimos comprender lo que había sucedido. Todo empezó con el deterioro progresivo de la madre de Paco a causa del Alzheimer. Antes había fallecido a manos de esa misma enfermedad su tío-abuelo y aún antes que ellos, y por idéntica dolencia, un primo segundo, más joven que él.

Cuando la cosa fue a peor y tuvo que ingresar definitivamente a su madre en una residencia, comprendió que ya no era su madre. Como se ha dicho tantas veces, somos lo que recordamos. Aquella mujer que había salido adelante siendo madre soltera y pobre en la terrible España de los años cincuenta, había sucumbido a ese enemigo invisible que crecía inexorablemente dentro de su cabeza y lo había olvidado todo; el hambre, el frío, el sufrimiento callado y gris junto a tantos otros como ella, también su pisito con el balcón lleno de plantas, todas las que cabían y más, las lacrimógenas telenovelas de las cinco de la tarde, que la hacían pensar que su vida no estaba tan mal y la ayudaban a soportar tanta soledad. En los últimos tiempos también había borrado de su mente a su primogénito, Paco, al que siempre había amado con locura.

Paco había estudiado la carrera de Psicología y sabía a ciencia cierta que todo lo que hemos sido, somos y podemos llegar a ser depende de esa capacidad para recordar, de nuestra memoria. Allí viven los rostros de los amigos, el camino de regreso a casa, los aniversarios y los números de teléfono, pero también nuestras creencias, nuestros miedos, nuestros secretos, nuestras convicciones más profundas, en una palabra nuestra identidad. También aprendió que la herencia era un componente muy importante, así que teniendo en cuenta como se había ensañado esa enfermedad con su familia, él parecía tener todos los números de un tétrico sorteo.

Cuando la aprensión –o directamente el miedo, para hablar claro– le empezó a crecer como una mala hierba, se aferró a la idea de la prevención. La prevención, como en cualquier otra enfermedad, era crucial. Advertir los primeros síntomas, aunque para los demás fueran insignificantes, podía suponer la diferencia entre una vida estable y bastante autónoma o una mente deteriorada y una vida dependiente, al albur de la compasión de sus semejantes.

Los últimos seis meses de vida de su madre fueron un infierno. Al olvido ya perpetuo de los seres queridos, al profundo deterioro de la comunicación y de la movilidad, se sumaron una constante agitación, conductas agresivas, insomnio... y al final también hubo que obligarla a comer y a muchas otras cosas que el pobre de Paco, esta vez sí, habría preferido olvidar.

Parece que Paco tenía ideas propias respecto a cómo gestionar el probable curso de los acontecimientos. En ningún caso estaba dispuesto a perder el dominio de su cuerpo o de su mente como le había pasado a su madre. Antes se quitaría de en medio. Pero para hacer eso no debía esperar hasta el último momento, se necesita un atisbo de lucidez para hacer algo tan trascendental y definitivo. Dejar pasar unos días más, cuando los síntomas fuesen claros, suponía arriesgarse a cruzar la línea y perder irremediamente el control sobre la propia voluntad. Los últimos días, quizás fueran solo horas, anteriores al preciso instante de no retorno, eran claves para ejecutar un suicidio voluntario y liberador. Paco llegó a convencerse a sí mismo de que tratar de prolongar su vida hasta el último ápice de consciencia, era una mayúscula insensatez.

Respecto a las medidas preventivas contra ese destino heredado, las únicas realmente eficaces eran la gimnasia mental y una atención continua y tenaz a la aparición de cualquier señal de mal funcionamiento de su memoria, tanto en el momento de retener un dato como en el de intentar recuperarlo. De ese modo atención y gimnasia se convirtieron en dos obsesiones que, como una mancha de aceite, ocuparon, dominaron y, hablando en propiedad, amputaron toda su vida. Desde entonces consumía los días repasando mentalmente todo tipo de recuerdos para detectar el más insignificante deterioro. Supe por uno de sus amigos más cercanos que llegó a elaborar una secuencia extensísima de todo tipo de datos, de lo más heterogénea, una especie de gimnasio mental para mantenerse en forma. Se impuso además añadir cada día un dato a esa secuencia, pero claro, nadie sabe en qué medida llegó a hacerlo. Por supuesto en

ningún caso iba a emplear trucos mnemotécnicos pues eso supondría el reconocimiento de la presencia del mal, o peor aún, sería empezar a engañarse a sí mismo. Su memoria debía funcionar sin muletas, tratando de mantener sus capacidades naturales intactas.

Desde el momento en que abría los ojos por la mañana hasta que los cerraba para irse a dormir, recitaba mentalmente su colección de pequeños recuerdos, alterando adrede el orden, atento a si olvidaba algún dato y, sobre todo, vigilante a si olvidaba que olvidaba alguno.

En tales circunstancias la aparición de Pilar fue, al mismo tiempo, una bendición y una maldición; esto puedo decirlo ahora que he sabido todo lo que estoy explicando. Paco la adoraba, fue un flechazo tan impropio de nuestra edad que nos daba risa verlos tan enamorados y también provocaban, debo confesarlo, un poco de envidia. La adoraba y adorarla lo colmaba de felicidad, pero también perturbaba sus ocupaciones profilácticas, sus ejercicios mentales, de forma que el olvido de algunos datos ciertamente podría atribuirlos a las interferencias de su estado de enajenación sentimental, pero también cabía la posibilidad de que realmente estuvieran delatando el inicio de la degeneración nerviosa. La eclosión de su maligna herencia.

A Pilar nunca le habló de todo esto y ella, que había tenido bastantes relaciones anteriores, había aprendido que del sexo masculino no se puede pretender una atención continua y mucho menos una completa comprensión. Por ese motivo, las distracciones y las ausencias de Paco, le resultaban perfectamente asumibles. No podía darse cuenta del pequeño drama que se producía en la mente de Paco cada vez que ella le hablaba, la lucha entre la necesidad de controlar todo cuanto ocurría en su cabeza y su deseo de escuchar a Pilar, su amor, pero también una peligrosa puerta abierta a un océano de nuevos datos que procesar.

Su hermana fue otra de las fuentes que nos ayudó a componer el macabro rompecabezas que podía explicar el suicidio de Paco. A ella le había mencionado en parte lo mucho que le hacía sufrir la relación con Pilar, mientras nosotras estábamos convencidas de que era un idilio hollywoodiense. Paco le hizo prometer que no nos explicaría nada por temor a que Pilar se enterase de sus cavilaciones; en el fondo pensaba que su posible enfermedad hereditaria era un

regalo envenenado para una novia enamorada, aún peor, para una futura esposa quizás condenada a tener hijos también enfermos.

Tras la muerte de Paco se sinceró con nosotras. De ese modo pudimos confirmar lo que empezábamos a sospechar. Para controlar e incluir gradualmente todas las novedades que introducía Pilar en su vida y que amenazaban su estricto entrenamiento mental, Paco intentó demorar, reducir y recortar los encuentros y las conversaciones con Pilar. Y pudo hacerlo durante un tiempo. Pero esa situación se fue volviendo insostenible y cuando Pilar insistió por enésima vez en pasar juntos un fin de semana en la playa, él ya no supo decirle que no.

Pensó que a lo mejor sería posible superar la situación si se concentraba, si se esforzaba un poco más, pero pronto se dio cuenta que el torrente de palabras, percepciones, miradas, sentimientos e intenciones que compartía con ella eran imposibles de procesar; su cabeza era un hervidero de datos cruzados que no podía clasificar y retener de forma ordenada. A la vez se daba cuenta con pavorosa lucidez de que tratando de atender la catarata de nuevas sensaciones que un comentario de ella provocaban en su pensamiento, olvidaba datos anteriores o todavía peor, dejaba de atender a dichos olvidos.

Finalmente, antes de la media noche del sábado, se bloqueó, no había resistido ni veinticuatro horas. Su rostro quedó congelado en mitad de una frase que nunca acabó de pronunciar. Había entrado en un estado de emergencia en el que lo único que contaba era mantenerse a flote, respirar, sobrevivir y dejar prácticamente de pensar. Cerrar las compuertas para que no entrase ningún dato más en su mente y concentrarse en huir, escapar.

Así que cuando Pilar, al verlo en ese estado hierático, le preguntó si se encontraba bien, si le pasaba algo, Paco cogió ese salvavidas que ella inconscientemente le brindaba y le dijo que lo suyo, lo de ella y él, no terminaba de cuajar, que por qué no se daban un tiempo.

Volvió a su casa para intentar recomponerse, es decir para recomponer la secuencia de datos, la lista almacenada día tras día que garantizaba el buen funcionamiento de su memoria, sin embargo tenía dificultades para hacerlo con la fluidez de antaño; las escenas, imágenes, palabras, gestos de Pilar interferían continuamente sus intentos y su estado de confusión iba en aumento; ¿había

llegado ya el tan temido momento?, ¿sería capaz de reconocer el indicador, la señal que confirmase el camino de no retorno?

Fue entonces cuando la fatalidad hizo acto de presencia y nuestra invención de esa Paola inexistente, el día 28 de diciembre, hizo que ese inocente encontrase la perfecta señal que buscaba y acabara por lanzarse al precipicio.

# La camarera

La suite es linda, aunque desde luego no es la más lujosa en la que hemos estado. Lástima de ese hermoso ramo de rosas rojas, atadas con ese horrendo lazo de cuerdas, que la dirección ha plantificado en medio del saloncito. Él sabe perfectamente que detesto todo tipo de lazos, en especial si parecen cuerdas. Por supuesto no podía saber que el hotel nos daría la bienvenida con tamaña abominación, pero después de tres años de matrimonio ya debería anticiparse a esas cosas. Cuando llegue me va a oír. En eso del amor no hay que bajar el listón.

Tres años y lo recuerdo como si fuese ayer. Bueno tampoco son tantos, casi era ayer cuando trabajaba en un hotel parecido a este, en otra ciudad claro, en otro país....de cuyo nombre no quiero acordarme, como escribió Don Miguel.

En esa época estaba realmente desanimada. Mi exmarido había vuelto a beber, la menor hacía tiempo que no venía a dormir a casa y nunca sabía dónde ni con quién andaba y, para colmo, aquella perra de Loli, la excelsa «coordinadora de los servicios de limpieza del hotel», se había creído que era la reina de Saba y que podía humillarnos siempre que quisiera. Recuerdo que un día me dijo, durante la arenga matutina, que ya era la segunda vez que me dejaba un estropajo en la bañera de una habitación.

Yo por proteger a Nurkia, esa chica rusa nueva que no se enteraba de nada, me callaba pero la muy furcia la tenía tomada conmigo; la muy envidiosa no soportaba que yo tuviese estudios; aunque nunca llegué a ejercer de filóloga, ipero al menos tenía educación y labia! Bueno y lo que terminó por joderla fue que aquel Jeque me diese el triple de propina que a ella. Eso no me lo perdonaba. Iba diciendo por ahí que me lo había tirado... ¡Qué más hubiese querido yo en ese tiempo!, ¡hubiera seguido ahí, limpiando la mierda de los ricos!...

En esos días a menudo entraba en un estado de franca depresión y entonces buscaba algún «chute» que me devolviese a la vida. Por ejemplo, si la noche

anterior había visto entrar a unos tortolitos enamorados en la 212, empezaba mi trabajo matutino por esa habitación. Me encantaba cuando el dormitorio aún olía a sexo, con alguna prenda interior bajo la cama o entre las sábanas, y alguna mancha mal disimulada. No puedo negar que esos olores y las imágenes que me evocaban, me ponían a cien y llegaba a mojarme de verdad. Mi exmarido, Paco, no lo sabía, pero las pocas veces que por la noche recibía algún regalo inmerecido, tenían que ver con eso. También existían parejas maduras que, ya entrada la noche, invitaban a una de esas «escorts» como las llaman ahora, vamos un putón en toda regla, pero por lo general yo prefería visitar escenarios más inocentes, románticos, con aromas de sexo casi limpio; era como ir de estreno y sentarte en platea.

En realidad todo empezó un jueves, limpiando la habitación 203. Lo recuerdo como si fuese hoy. Se dejaron un consolador en el lavabo. Esta vez la gran diferencia de edad y el trato distante entre ellos, —en el desayuno casi ni se miraban—, dejaba pocas dudas sobre el tipo de relación que mantenían: clandestina. Como suelo hacer con las servilletas, dejé el consolador en un lugar discreto del armario, pero con un lacito rosa. La propina, quiero pensar que producto del agradecimiento —iyo era incapaz de hacer un chantajei—, fue de aúpa... Aunque también es cierto que ellos no podían saber de lo que una es o no capaz de hacer.

Las habitaciones para mí eran como lienzos blancos que sus inquilinos pintaban cada día. Su identidad se proyectaba claramente en los rastros que dejaban y solo se necesitaba un ojo algo experimentado para descubrir parte de sus vidas. Bueno, ojos y saber dónde mirar. Por ejemplo, en la semana que siguió al suceso con el consolador, creo que fue en la 201, encontré restos de cocaína; habían limpiado el espejito, pero pasé mi gamuza negra y el rastro era inconfundible. Un rápido examen de la habitación me dio la «foto finish» de su habitante. Por su ropa, sus cremas faciales y su colonia, sería un yupi cuarentón, rubio pero clareando —los pelos de la almohada delataban su incipiente alopecia— y con algo de sobrepeso, según se deducía por la forma del hueco que había dejado en el colchón.

Establecí un dispositivo de vigilancia y a las 22h regresaba a su habitación. Lo había clavado. Rubio, gordito, trajeado, encorbatado y ansioso por entrar en la habitación para colocarse con unas rayitas.

Es cierto que puso el letrero de no molestar, pero todos sabemos que algún desaprensivo puede llevárselo, o puede caerse, con tan mala fortuna, que quede oculto bajo la alfombra. Me puse los cascos de música —si gritaba «no entre», como así fue, el heavy metal de mi Ipod, a todo volumen, sería una buena excusa...«perdone señor con los cascos no le oí»—, llamé y, como una bala me planté en medio del dormitorio, con vistas a todos sus puntos cardinales. En efecto estaba sentado en la cama e inclinado sobre la mesita de noche, lacada en negro, semejando un paso cebra, y con un cucurucho de 10 euros en la nariz. Antes que desde su cara atónita y su cuerpo tenso pudiese exclamar nada, me había quitado los cascos y había dicho sin pestañear «servicio de habitaciones... ¿señor necesita algo? ¿Está todo bien?». Una expresión estudiada le notificaba que todo lo encontraba perfectamente normal.

—No gracias, no necesito nada, puede irse.

—Al menos deje que le ponga bien las sábanas.

Ese movimiento fue realmente estratégico. Rápidamente sacó algo de su bolsillo.

—No de verdad, por favor, no hace falta, váyase, váyase,...tome, gracias...

Ni había mirado lo que me daba. Había sacado un puñado de billetes y me los había casi lanzado, esperando que me alejase lo antes posible de allí y, de paso, que olvidase lo que pudiese haber visto. ¡325 euracos!, la mitad de mi sueldo de un mes. Claro que hubiese podido plantarme y decirle, con sorna y algo de sangre fría, «eso no es suficiente...(forastero)»; pero no soy una delincuente, y además...cada cual con su vida. Pero, si voluntariamente me daban una propina por mi maravillosa y servicial atención, ¿a santo de qué debía negarme?

Poco a poco fui depurando mis dotes de observación y el método de incursión en las habitaciones. Reduje bastante lo que entonces llamaba «entrada a ciegas», es decir los asaltos en que trataba de pillar «in fraganti» al personal. Aunque su efecto era muy impactante y, en consecuencia, me reportaba mayores beneficios, resultaba realmente difícil acertar el momento exacto de mi aparición y corría el riesgo de que la respuesta, como fruto de la sorpresa y el nerviosismo, no fuese la esperada.

A esa reflexión me vi en gran parte forzada tras el encuentro con la famosa directora de teatro, Natalie Maslow, a la que pillé pinchándose, y me echó a gritos e insultos destemplados (hubiese sido a patadas con diez años menos).

Esta vez me preocupé de veras. No sabía de su fama y temí que me denunciase por entrar en su habitación sin llamar; sería inútil que explicase la situación. Ella podría inventar cualquier mentira y si era su palabra contra la mía, solo yo tendría las de perder. Afortunadamente, a la mañana siguiente, me entregaron en recepción un sobre a mi nombre, que ella me había dejado: «querida, disculpe mis gritos y mi mal humor. Gracias por su comprensión». La nota iba acompañada de su firma y de ¡500 euros!

A pesar de ese éxito inesperado, desde ese momento revisé mi *modus operandi*. En primer lugar debía ser más selectiva y cerciorarme de que mis víctimas no fuesen mediáticas. Para ello, anotaba su nombre y buscaba en Internet sus obras y antecedentes. En segundo lugar, era preferible preparar antes la escena, sin inquilinos. Dejar el objeto incriminador en un lugar semi—oculto, pero visible, de forma que pareciese un extravío involuntario; al entrar, lo veía casualmente. «Perdone eso...creo que se le ha perdido... ¿dónde se lo dejo?». La respuesta solía ser también muy reactiva, pero menos virulenta: «deme, deme, yo lo guardo... espere... tome... gracias».

Con un pocas actuaciones de esas a la semana, había llegado a recibir 4000 euros de «propinas» en un mes. Sumado a mi sueldo y a las propinas habituales, ganaba algo más que el director del hotel. Aunque trataba de frenar la ambición, consciente de que un desliz podría terminar con mi gallina de los huevos de oro, la tentación era enorme.

Muy de vez en cuando aparecía con un nuevo peinado, unos zapatos de marca, una sortija con un brillantito. «Hoy no he podido pasar por casa para cambiarme», «Dios me he llevado este bolso (de Louis Vuitton) de casa sin darme cuenta», «¡qué horror, he ido con este anillo por la calle!». Las caras que ponía mi jefa, Loli, eran un poema en colores. ¡Se la llevaban literalmente los demonios! Y yo, claro está, gozaba de lo lindo.

Nunca preguntó nada, aunque a decir verdad no era necesario. Niurka hacía de correa de transmisión. «Pues sí hija, ahora en casa parece que por fin nos ha llegado la suerte, ¡que ya tocaba!. Han ascendido a mi marido en la fábrica y la pequeña, nos ha salido escritora y ¡le llueven proyectos editoriales!». Bueno esto último, esta última invención, era obviamente un sueño autobiográfico.

La guinda vino cuando el jefe de personal nos reunió a todas y nos dijo que en la empresa estaban pensando en realizar alguna reestructuración de personal.

¡Qué no, que nadie se iba a la calle! – ya sabemos lo que suele significar la palabra «reestructuración»—. Que dado que a Loli le quedaban solo cinco años para jubilarse, le habían hecho una propuesta de prejubilación bastante buena – no lo parecía por la cara que ponía—, y que para sustituirla habían pensado en... ¡servidoraaaa! Resulta que varios importantes clientes del hotel habían hablado muy bien de mí, de mi exquisita, esa palabra empleó, exquisita profesionalidad (ja, ja, yo sabía muy bien en qué consistía esa profesionalidad).

Algunas aplaudieron, me felicitaron. Niurka me abrazó y mientras, Loli, estaba más allá del séptimo infierno. Pero eso no fue lo mejor.. digo, lo peor para ella. No recuerdo exactamente mi discurso, fue más o menos así: «Señor Mendieta, quiero agradecerle muy sinceramente a usted y a la dirección la confianza que depositan en mí con esta oferta, pero no puedo aceptarla. La verdad es que me gusta mi trabajo, no soy ambiciosa, me considero bien pagada, y no quiero más responsabilidades. Y si mi opinión sirve de algo, pienso que una persona más joven, con energía y motivada como Niurka sería una perfecta candidata». Un silencio infinito se adueñó de la reunión mientras yo flotaba en mi nube y Loli se empequeñecía hasta casi desaparecer. Tras la sorpresa, el señor Mendieta reaccionó: «Claro, claro, lo comprendo. Estudiaremos la candidatura que nos recomienda. En cualquier caso permítame reconocer públicamente su excelente trabajo —me gustó más exquisito— y transmitirle las felicitaciones de nuestro presidente, el Sr. Holmes».

Esa tarde con Niurka nos atiborramos de pastel de queso con arándanos y unas cuantas copas de cava del bueno.

Lógicamente la asombrosa decisión que había tomado nada tenía que ver con una escondida vocación de «limpiadora, criada, sirvienta, asistenta», magníficos eufemismos para referirse al trabajo que más se acerca a la esclavitud. Si ejercía de coordinadora no podría atender directamente a las habitaciones y mi lucrativo negocio se iría al traste.

A las pocas semanas, Loli aceptó jubilarse –creo que mi presencia literalmente la enfermaba— y la alegre Niurka pasó a ocupar su cargo. Ni que decir tiene que seguí tratando a algunos clientes con esa especial diligencia que tanto reconocía la empresa y ahora, con Niurka de supervisora, con muchas más facilidades y menos presión.

Quizás fuese esa relajación, esa sensación de impunidad, la que me llevó esa mañana de sábado a efectuar una entrada a ciegas, de las de los viejos tiempos, y nada menos que en la suite presidencial. Era imposible fallar. Había estudiado a fondo al personaje y preparado todos los detalles. Pierre Hamson, corredor de fórmula uno, felizmente casado con una oscarizada actriz, un hijo y una niña africana adoptada.

Él llegó a las 19.30h y estaba convencida de que no pasaría la noche solo. La suite azul, anexa a la presidencial, tenía una puerta interior que unía los dormitorios de ambas habitaciones. La existencia de esa puerta era un secreto a voces entre el personal y todos conocíamos su concreta utilidad. Sin embargo a esa parte del hotel solo tenía acceso el «staff» y solía estar atendida personalmente por la coordinadora del servicio de limpieza. Ni que decir tiene que cuando le dije a Niurka que uno de mis más inconfesables deseos sería atender esas selectas habitaciones alguna vez en la vida, no pudo negarse; esa semana me encargaría yo de la zona de las suites. Mi plan era sencillo. Cerré con llave la puerta que conectaba ambos dormitorios (solo existía otra llave y, al parecer, nadie la había visto, estaba en manos de las más altas esferas). Eso obligaría a la —o a las— ocupantes de la suite azul a pasar a la suite presidencial, pero transitando por el pasillo y, claro está, de ese modo yo podría seguir su entrada triunfal y calcular la mía.

Lo que esperaba solo tardó cuarenta y tres minutos en ocurrir. La inquilina de la suite contigua salió precipitadamente de su habitación y se coló en la puerta entreabierta de la presidencial, solo que, ¡era un hombre! En realidad un muchacho de no más de 20 años, eso sí guapo y atlético como un Dios griego. Bueno, eso no era del todo nuevo para mí. Recuerdo a las supuestas hermanas Campbell en actitud amorosa —160 euros— y a un tío y su sobrino, ahora no recuerdo los nombres, y sus misérrimos 56 euros. Entre mis defectos no estaba desde luego la homofobia, es más apreciaba el gusto del piloto, el chico era realmente atractivo.

Esperé unos 20 minutos más y me acerqué a la puerta. Los gemidos ya eran más que evidentes. Dejé el cartelito de «Do not disturb» de perfil, entre el marco de la puerta y la moqueta, muy disimulado; aunque difícil, era posible que hubiese caído en esa inverosímil posición. Me puse mis cascos de rigor, mi rock duro a pleno pulmón, y entré como una exhalación...

Ahí estaba el piloto y su amigo, pero había alguien más...No dudé ni un momento, era el Sr. Rudolf.

Holmes, el presidente de la cadena de hoteles; su foto estaba por todas partes.

Sin aún haber salido de mi estado de shock, vi que el apuesto joven que había entrado a hurtadillas hacía unos minutos, estaba completamente desnudo, tenía una soga al cuello y una bolsa de plástico transparente cubría su cabeza... estaba sentado sobre los hombros de los otros dos que le sostenían mientras... ocupaban sus bocas...

Sin pensarlo ni un segundo, corrí aterrada hacia la puerta pero el piloto fue más rápido y me cerró el paso. Entonces vi la puerta entreabierta que comunicaba ambas habitaciones y arranqué hacia ella. Ahora fue el presidente quien me alcanzó, lanzándose como un experto zaguero a mis pies y derribándome. Ambos en el suelo, trepó por mi ropa hasta alcanzar mi cuello que asió con fuerza cuando, se oyó un grito angustiado «¡Dios mío, Rup, Dios mío! Ambos nos giramos al unísono. El piloto sostenía al joven por las piernas pero este parecía inconsciente. ¡Joder Rup creo que al soltarlo se ha desnucado... está, está muerto...!

Los detalles exactos de los siguientes minutos llevo tres años tratando de olvidarlos. Primero desesperación y lágrimas, después reproches y acusaciones para, seguidamente, pasar a las amenazas y a todo tipo de absurdas y atropelladas sandeces; llamar a alguien para deshacerse del cadáver, acusarme a mí de asesinato, llamar a alguien para deshacerse de mí.

Habían pasado apenas treinta minutos del suceso y yo seguía tirada en el suelo, entre ellos dos, traumatizada y callada. Apenas pude recobrar el aliento y la compostura, anonadada por su histérica palabrería, creo que grité algo así como: ¡Joder Bastaaaaa!

El Sr. presidente me miró temblando de furia y me espetó, ¡calla tu puta boca, por tu culp....! Me levanté como un resorte, di unos pasos hacia atrás y saqué en un gesto automatizado mi móvil del bolsillo. «Ni un paso o empiezo a pedir auxilio», dije. Se quedaron clavados y entonces proseguí: «Solo tenéis dos opciones, o me matáis, y es posible que antes ya haya accionado un whatsapp sonoro, o participo en esto y lo resolvemos entre todos de la mejor manera para todos». Mis años de pseudo-chantajos me habían dado entereza y seguridad y creo que eso les detuvo.

«Nadie más va a morir, no somos unos asesinos... supongo que sabes quién somos... La culpa ha sido tuya, este amido nuestro iba a suicidarse, tratábamos de ayudarle y tu llegada precipitó su muerte...»

Mi mente iba a mil, sentía una lucidez paranormal y no me amilané ni por un segundo ante el ocurrente relato del presidente Homes. Vaya, ¿entonces se la chupabais a un suicida?

Ambos se miraron atónitos, en realidad no sabían qué es lo que había llegado realmente a ver cuando entré, y lo cierto es que no vi demasiado, pero resultaba muy fácil intuirlo. Lancé mi farol... y gané.

Pierre hundió su cabeza entre las piernas «¡Dios, lo vio, lo sabe!». A partir de ese momento la escena cambió por completo. El Sr. Holmes nos invitó a calmarnos, trasladamos el cadáver a la suite azul y nos sentamos para conversar. Se trataba de una práctica sexual algo extrema (¡algo!), la asfixia erótica y por ello le pagaban mucho dinero a ese prostituto. Pero ya la habían realizado en otras ocasiones y con ese mismo chico, sin que pasase nada. Yo lo había desbaratado.

En ese punto me puse moralista y les dije, serena pero contundentemente, que estaban enfermos, que lo que hacían era una monstruosidad y que les invitaba a explicar su trastorno a los periodistas. Seguro que la opinión pública lo entendería y les perdonaría. Fue entonces cuando decidieron elaborar un plan que nos salvase a los tres.

El joven era mi amante, hacía poco que nos conocíamos. Yo había conseguido la llave para compartir la suite azul y nos esperaba una sesión de sexo y pasión desenfrenada. Sin embargo no sabía que a mi acompañante le gustaban ciertos juegos eróticos. Aun cuando me resistí como pude, tenía mucha fuerza y me ató los pies y las manos, y me puso una cuerda apretada alrededor del cuello y después una bolsa en la cabeza (tuve que hacerlo para que las rozaduras, moratones y secuelas de una asfixia fuesen reales). Al oír los golpes, Pierre entró en la habitación (la llave se la había dado su amigo, el presidente Holmes, para una fiesta que tenían por la noche con otras personas a las que pensaban invitar durante ese mismo día) y al ver la escena golpeó al joven amante quien cayó contra la mesilla de noche y se desnucó (Pierre se encargó de que el cuello del muchacho impactara con fuerza contra la mesilla en un punto similar al del supuesto desnucamiento). Luego llamamos a Rupert Holmes, el director del

hotel, para explicarle lo sucedido. Éste llamó a un médico del hotel (totalmente sobornable, aunque no hizo falta, se creyó completamente la versión que le dimos, o al menos lo hizo ver de forma convincente) y firmó el certificado de defunción; algo más tarde llamamos a la policía.

Al parecer el chico era italiano y se dedicaba a la prostitución desde hacía un par de años. No tenía amigos y había cortado toda relación con su familia. Dada la condición mediática de los implicados, en especial de Pierre, y de su heroica acción, la policía aceptó que no apareciesen sus nombres en el parte. Después de todo era un caso bastante habitual de violencia de género entre una pareja, solo que esta vez había terminado bien. El que había muerto era el maltratador. Pero para completar la historia falta la parte que para mí es más importante. Antes de diseñar y consensuar esa mentira, yo había negociado algo por mi silencio. Yo no tenía ni reputación, ni dinero que perder. Quería una vida, un nuevo marido y una pensión vitalicia. Como no me fiaba de ellos, les obligué a grabar en mi móvil una confesión explícita de lo ocurrido y les dije que enviaba esa grabación a distintos dispositivos digitales con una clave que solo yo conocía. Si no introducía esa clave cada mes, esa información se enviaría automáticamente a distintas personas. Por supuesto me inventé esa segunda parte, pero la grabación sí existió, y está a buen recaudo. Lo demás es historia reciente. Me despedí con un simple email de mi exmarido y mi exhija; como era de suponer nunca me respondieron. Llamé a Mario, mi antiguo compañero de Filología, siempre enamorado hasta los huesos de mí. Seguía siendo tan buena persona como siempre, tan bohemio como entonces y también tan solo y pobre. Le pedí en matrimonio, le dije que me había tocado la lotería y que viviríamos una vida de lujo. Solo tenía tres condiciones: no podía preguntarme sobre mi pasado, nunca volveríamos a pisar nuestro país y jamás de los jamases, allá donde estuviésemos, debía existir ningún tipo de lazo, cuerda o algo parecido, en mi presencia. «Me libré de todas mis pasadas ataduras, para ofrecerme a ti en libertad», le dije, con voz impostada. Y como buen filólogo apreció una frase tan poética.

# Vaquero

Cuando Susi volvió a ver a Juan se sobresaltó del cambio aunque habían pasado solo siete días. Su mirada era ahora baja y oscura, su rostro de una palidez rara, sus gestos artificiales, lentos y breves a un tiempo, sus palabras de una contundencia pétrea, como nunca le había hablado. ¿Qué otra cosa podía hacer Susi?

Aunque dudo que la interacción humana se pueda atribuir a una causa diferente a la del azar, diré que Susi y Juan se habían conocido por casualidad, en una tienda de comestibles Km. 0. A ella le atrajo la transparencia de su mirada y a él la transparencia de su blusa. Ambos sintieron en esa primera mirada que estaría bien conseguir un entorno adecuado a las palabras dulces y al roce de los cuerpos, aunque para empezar fuera de lado a lado de la mesa de un bar o solo a través de una blusa de muselina. Él le preguntó, con una inocencia demasiado fingida, si aquellos tomates eran adecuados para preparar en ensalada y ella le comunicó de inmediato, a través de una inmensa sonrisa, que le encantaba que le hiciera esa pregunta y todas las que quisiera. Susi le dijo que era dietista y le asesoró durante más de diez minutos sobre el tema de los tomates en ensalada, sus manos jugaron todo el rato con los tomates y sus ojos con los de él. Qué coincidencia, él necesitaba asesoramiento sobre dietética. Como ella podía apreciar, eso caía por su propio peso, bromeó. O eso o un asesor de imagen o un psicoterapeuta o una amante, podía elegir. Es urgente, rio. Absurdamente ella también rio: el amor.

Durante los tres meses que siguieron a su primer encuentro casual vivieron, como suele decirse, en una nube por encima del mundo. Y para ello tuvieron que engañar a mucha gente de ese mundo; la esposa de él, la pareja de ella — que él conocía le dijo, aunque no le dijo de quién se trataba—, los dos socios del despacho de él— que él nunca quiso presentarle—, la amiga íntima de ella... También hubo que crear nuevas realidades, muchas reuniones urgentes,

problemas de última hora, visitas de trabajo, congresos de fin de semana, etc. pues el reino del amor no es de este mundo.

Pero sucedió que a los tres meses de vida de ese sueño, una madrugada, sonó el teléfono en el hogar de Juan. Su mujer, que dormía, contestó con aprensión. No, su marido no estaba en casa aunque ya debería haber llegado de una reunión de última hora. La había llamado para decírselo a eso de las diez desde el despacho, cuando ella ya empezaba a estar intranquila. ¿Sucede algo? Era la policía, el edificio de ocho plantas donde su marido y sus socios tenían el despacho estaba ardiendo. Según los técnicos del equipo de bomberos que estaban trabajando en el siniestro el incendio se habría iniciado en la segunda planta, precisamente en el despacho de su marido, Juan Vélez y sus socios, los hermanos Enrique y Juan Luis Guzmán. Con Enrique Guzmán acababa de hablar por teléfono, desde la casa de éste y Juan Luis, según le había informado su hermano, se encontraba de viaje con su novia pero todavía no habían podido contactar con él. El caso —extremadamente desagradable, lo siento señora pero tengo que informarla— es que en la sala de reuniones del despacho los bomberos habían encontrado un cadáver semi-calcinado sin documentación: el horror.

Cuando al cabo de una hora la mujer, descompuesta, acompañada de un familiar, miró el cadáver desnudo que le mostró el forense, no reconoció a su esposo pero gritó igualmente por la impresión que le produjo ver la piel negra y retorcida del rostro de aquel hombre que sí reconoció— así lo explicó cuando se pudo recuperar del espanto— como Juan Luis Guzmán.

El comisario consultó los datos del cadáver, desconocido hasta aquel momento. Cuadraba: varón, entre treinta y cinco y cuarenta y dos años, sin documentación, sin ropa, hallado desnudo dentro de una maleta. No había muerto quemado sino asfixiado por el humo, aunque después las llamas siguieron haciendo su trabajo.

La mujer volvió a casa desolada, con una sensación de irrealidad creciente, asfixiante. ¿Que se suponía que tenía que hacer ahora?, ¿cómo debería recomponer sus emociones, sus sentimientos, su miedo? Si no era el de él aquel cadáver ¿Dónde había ido aquella noche? ¿Por qué le había mentido? Pero ¿le había mentido? Y ¿qué significaba aquel supuesto engaño?

Su marido no volvió aquella noche ni al día siguiente, y al cabo de dos semanas su nombre se añadió a la larga lista de desaparecidos de la ciudad.

\*\*\*

Durante aquellos tres meses de euforia Juan tuvo tiempo de ir conociendo más a fondo a Susi. Sin dejar de flotar en la nube de su enamoramiento, Juan comprendió a los pocos días de conversar con ella sobre cualquier cosa que se les ocurría, entre efusión y expansión amorosa, que Susi tenía muy poca confianza en sí misma; ni en su silueta ni en su inteligencia. Aunque ella reconocía tener un cierto sex-appeal con casi todos los hombres, a base de descaro y de un humor surrealista que ella denominaba con cierta altivez «la marca de la casa». Él tenía su versión: Susi afrontaba cualquier situación difícil, o dilema o conflicto, con estrategias de evitación y defendiendo su derecho a esto o a lo otro, aunque tuviera que negar lo evidente para el común de los mortales o siendo absolutamente egoísta, situando su deseo por encima del resto de la humanidad. Poner su opinión o su capricho por encima de la cruda realidad y de forma desafiante y maleducada, en eso consistía su descaro. Pero si eso fallaba—que fallaba con frecuencia—entonces brotaba como una pulsión inconsciente, como un escudo de defensa imbatible, ese humor absurdo, según creía Juan más absurdo que cómico.

Una noche ella le pidió un favor. Se presentó a la cita nocturna en el despacho y le rogó insistentemente que la ayudara a subir «algo» que había traído en el maletero del coche. Algo ¿qué? Le dijo él. Sin preguntas, le susurró Susi y le dio un beso de esos, nos concierne, concierne a mi felicidad y a la tuya, a nuestro amor. Es la maleta del deseo cumplido, del deseo de los deseos, y volvió a besar sus labios. Juan decidió que se lo tomaría a broma, otra broma absurda que a ella le excitaba realizar en sus citas clandestinas. Cuando Susi se inventaba cosas así, al final los encuentros sexuales solían ser de antología.

Sacaron del portaequipajes una inmensa maleta que pesaba como un muerto y la subieron hasta el despacho. Allí depositada la maleta se sonrieron y Juan preparó dos whiskies. Después se abrazaron pero cuando Juan metió la mano por debajo del jersey de Susi, ella se apartó, lo detuvo con un gesto asertivo de ambos brazos. Después lo miró suplicante, tenemos que acabar lo que hemos comenzado, le susurró. Eso intentaba hacer, dijo él riendo. Hablo en serio, Juan, —gritó— ¡tienes que hacer desaparecer esta maleta!

Juan se estaba empezando a cansar de la broma, perdía la paciencia. Abrámosla y acabemos con este misterio estúpido dijo y agachándose empezó a forzar la cerradura. Entonces sintió un dolor intensísimo en la parte occipital izquierda del cráneo, un dolor que inmediatamente se hundió en su cerebro como un cuchillo caliente en un trozo de mantequilla. Perdió el sentido y cayó de bruces al lado de la maleta. Pasó un universo de vacío por su mente. Cuando su propia tos lo despertó se llevó las manos a la cabeza que le estallaba de dolor y a través del humo que lo inundaba todo, miró sus manos manchadas con su propia sangre. El despacho estaba en llamas. Salió a la escalera comunitaria y se dio cuenta de que todo el edificio estaba ardiendo. El pavor y un inesperado instinto de supervivencia lo impulsaron a la acción, saltó por la ventana al balcón del edificio contiguo, de otro salto se situó en el balcón del primer piso y de allí, para reducir al máximo la altura, se colgó oscilante sobre una furgoneta que la fortuna había dejado aparcada allí aquella noche. Se dejó caer sobre el techo metálico que recibió su cuerpo rudamente, como era de esperar, y produciendo un fuerte estruendo. Cuando ya en la acera levantó la vista hacia el edificio, las llamas comenzaban a lamer la fachada. Salió corriendo hacia un callejón lateral, dejando atrás las pequeñas explosiones de los cristales de las ventanas, los gritos de algunos vecinos espantados, las sirenas de los bomberos que ya llegaban por el otro extremo de la calle.

Hasta el amanecer estuvo dando tumbos en estado de shock, vagando como un sonámbulo por las calles, tapándose con una mano la herida de la cabeza, y tratando de ocultar la sangre que le caía por el cuello hasta la camisa blanca, con la otra. Acabó tirado entre dos contenedores, el orgánico y el de cristal.

El ruido de la vida renovada de la ciudad cosmopolita, el alegre estruendo de la actividad diaria, despertó a Juan a eso de las ocho de la mañana. Poco habían reparado, las escasas dos horas que había dormido, su agotamiento físico y psicológico; aun así, atisbó a oír, en el quiosco de la esquina, las últimas noticias de la radio que hablaban del incendio de su despacho. Así se enteró de que habían encontrado un cadáver desnudo en una maleta. Atemorizado por lo que acababa de saber, estuvo todo el día pensando en qué hacer, de qué manera podría regresar a su vida.

¿Qué le explicaría a su mujer? ¿Y a sus socios? ¿Y a la policía? Pasó así aquel primer día y los seis siguientes; solo, casi sin comer, evitando la mirada de la

gente, como un demente, sin conseguir hilar un pensamiento positivo, ni la más frágil salida a su insostenible situación.

Por eso cuando aquel séptimo día por la tarde se volvieron a encontrar frente a frente, cerca de la tienda de comestibles Km. 0, quiso armarse de determinación y desde la poca cordura que conservaba, desde su deplorable estado físico, se esforzó en construir una fría mirada. Después con voz seria— que le salió lastimosa— le exigió a Susi una explicación.

—Vamos habla, quiero una explicación clara sobre la maleta. Sobre el cuerpo, sobre el incendio. Sobre tu papel en todo esto que ha pasado. Se calló aguardando su respuesta, evitando sus ojos, mirando por encima de su cabeza hacia el vacío. Ella sacó la punta de la lengua y se acercó a pocos centímetros de su rostro y esperó a que sus ojos se encontraran. ¡Hola vaquero! Le dijo entonces, poniéndole la mano en la entrepierna.

# Desalmado

## PARTE 1. MARCOS

Los niños estaban ilusionados con la idea de hacer el Camino de Santiago. Les parecía una cosa de mayores y yo había insistido en que fuésemos los cuatro. Mis padres me habían llevado a los nueve años y esa experiencia tan especial quería que la viviesen mis hijos Marta y Luis, que tenían ocho y nueve.

Consuelo al principio no quería; que si no aguantarían, que qué comerían, que dónde dormiríamos...Al final la convencí con la idea de realizar escalas cortas de tres o cuatro días. Mi insistencia y su fe, mayor que la mía, la convencieron.

El primer día hicimos solo ocho kilómetros y ahora en el segundo intentaba que llegásemos a los diez. Íbamos hacia Corvedo del Rio, por la provincia de Asturias.

Llevábamos casi dos horas caminando y estaba felizmente sorprendido de lo andarines que me estaban saliendo los dos. De nuevo se habían adelantado unos cincuenta metros y tomaron solos la siguiente curva. Yo estaba tranquilo, no había ningún peligro, más allá de las agujetas y las ampollas. No obstante, nada más verlos desaparecer en el giro del camino, sentí el grito de mi pequeña. Cuando llegué corriendo y espantado, con los pulmones a punto de salirse por la boca, me encontré con una situación dantesca: un enorme perro estaba literalmente incrustado en una verja, ladrándoles a mis dos hijos con intenciones homicidas. Luis estaba blanco y paralizado por el miedo y Marta chillaba como si el espíritu de ese diablo le hubiese atravesado el alma. Tomé a ambos de la mano y nos volvimos al hotel para que se les pasase el susto. Marta esa noche tuvo que dormir con nosotros y ya no quiso regresar al camino de ningún modo.

En los días siguientes tampoco yo podía dejar de pensar en lo sucedido. Estaba consternado y rabioso por ese incidente que había truncado la vivencia que tanto deseaba compartir con ellos.

¿Qué desalmado dejaría que una fiera como aquella se acercase a los caminantes para darles un susto de muerte?

No tardé mucho en decidirme, compré unos rotuladores de colores, una cartulina fluorescente y algo de alambre.

Escribí un texto en la pancarta y, pacientemente, esperé tres largas horas a que un sujeto malcarado, mal afeitado y mala persona metiese al perro en su jaula.

Aproveché los siguientes veinte minutos para atar mi pancarta a la verja. Decía así:

«En esta casa vive una persona desalmada que deja a su perro, fiero y salvaje, suelto para que espante a los caminantes y a otras personas de bien que deciden transitar por aquí, con el peligro de que se escape y cause graves heridas a algún inocente.

Como respuesta a tan incivilizado proceder, solicito a todos los caminantes que dejen de pasar por este tramo del camino y se alejen cuanto antes de este pueblo donde no nos quieren y tan mal nos tratan.

Firmado: Un caminante, su esposa, y sus dos hijos pequeños, aterrorizados por ese peligroso animal».

Era algo largo pero claro y contundente. Volví muy de mañana y, en efecto, el malvado había vuelto a dejar libre a la fiera, sin percatarse de la presencia del cartel.

El perro tardó pocos segundos en detectar mi presencia y acercarse a mi posición y a mi cartel, ladrando y rugiendo como un poseso. Tomé varias excelentes instantáneas de la bestia junto a la pancarta, enseñando todos sus colmillos. Desde luego dejé colgado el cartel, aunque era consciente de que no duraría mucho más tiempo. Algún vecino advertiría a aquel monstruo de su presencia.

De vuelta a la ciudad tardé pocos días en enviar la foto a centenares de destinatarios: asociaciones del camino de Santiago, grupos de defensores de los derechos del caminante, asociaciones excursionistas, periódicos de la comarca...

El éxito fue casi inmediato, montones de cartas solidarizándose, felicitándome por la iniciativa y explicando sucesos parecidos tanto en el mismo lugar como en otros puntos del camino de Santiago.

La guinda del éxito la pusieron dos periódicos de la zona, «El León Astur» y «La gaceta montañesa», que en portada y a gran tamaño reproducían la fotografía de mi pancarta y advertían:

«Conductas como las del tío Basilio, irresponsables y peligrosas, solo sirven para ponernos en la picota y perjudicar a nuestro comercio»

## PARTE 2. BASILIO

¡Tiraaa Perla! Me encanta verla correr como un bólido y atravesar en un plis-plas el cerco. Perlita, perlita...la acaricio bajo el cuello firme y noto su fuerza, sus poderosos músculos, si sigo se adormece mientras me mira con devoción.

Cada mañana repetimos la escena y cada mañana me acuerdo de mi Camila y del collar de perlas que le prometí para nuestro vigesimoquinto aniversario y que nunca llegué a regalarle.

Dentón murió unas semanas después que Camila; siempre estuvo más cerca de ella, viejo, barrigón y permanentemente atado, el pobre tuvo una vida realmente de perro. Creo que para Camila fue algo así como el abuelo que no conoció. Tenía ojos sabios Dentón ¡lo sabe Dios!, parecía entenderte. Cuando llegaba Camila se separaba lentamente de mi lado para acudir donde su ama. ¡Hasta me daba celos ese chucho!; era un buen perro y merecía una buena jubilación. Pero mi Perla quería que fuese otra cosa. Que fuese un alma libre como lo fue Camila. Hasta hoy nunca he sabido por qué o por quien me dejó Camila aquellos tres meses. Volvió igual que se había ido y yo nunca me atreví a preguntar. ¿Para qué iba a preguntar?, cualquier respuesta me habría amargado la existencia. Como Perla, tenía un carácter algo salvaje, arisco, fiero, pero también como el animal era poco mordedora, solo ladadora ¡Tenía un pronto! pero un corazón grande como la montaña de Corvedo.

No quise atar a Perla y cerré el cerco a consciencia con una buena valla. Claro que ladra mucho y enseña los colmillos, pero es su naturaleza. Además mantiene a distancia a los peregrinos que pasan por mis tierras. Me gusta que crucen, que conozcan esta zona, pero también que sepan que este trozo del camino es mío, de Camila, de Perla.

Hará un par de años, cuando Dentón ya se había quedado sin colmillos y sin fuerzas, entraron unos cuantos jóvenes a armar bulla en mi cerco. Dejaron un montón de basura, botellas rotas... hasta me pisotearon la acelgas. Pero eso fue lo de menos, lo que me enfureció fue que le pintasen a Dentón en su lomo, con un espray, «FEO», ¿quién disfruta así? Pobre Dentón ¡Humillado en su propia

casa! Decidí que nadie más entraría; ellos que se fueran al infierno, yo en mi casa y Dios en la de todos.

### PARTE 3. «SIN NOMBRE»

Raramente me visita el alcalde y las dos veces anteriores fue para reprenderme, que si la cerca tenía que acortarla dos metros, que si se habían visto mis vacas en las tierras de fulano...Esta vez también era para lo mismo.

Don Basilio, no me andaré con rodeos. No sé si sabe que la fotografía del cartel que le colgaron en la verja se ha divulgado como la pólvora. ¡Aquí la tiene bien grande en la portada de la Gaceta! Esto ha puesto bastante nerviosos a los del Consejo Comarcal, a la Asociación de Comerciantes e incluso a Don Valdés, que también me ha telefoneado. Mire no voy a entrar en si el imbécil del cartel tiene o no tiene razón y ya sé también que hace un tiempo tuvo un altercado con algunos peregrinos que le hicieron algún estropicio, pero usted ya sabe que el camino es muy importante para la economía de la comarca y que últimamente todo este tema nos está perjudicando bastante. El otro día nos reunimos en el Consejo Municipal y tratamos este problema. ¡Esto hay que atajarlo Basilio! Todos pensamos que debería atar y esconder de la vista de los caminantes a su perro. Por nuestra parte haremos un breve comunicado agradeciendo su colaboración y aquí paz y después gloria.

Bueno señor alcalde, gracias por su consejo. Ahora me coge en mal momento, con cosas que hacer, pero después me lo pienso y le digo algo. Agradezca también a los del Consejo que se hayan preocupado por nosotros.

Lo dije tan serio que creo que se lo creyó. Pues nada Basilio, a ver si lo solucionamos pronto por el bien de todos.

No hizo falta que les dijese nada, cuando Perla siguió suelta y ladrando a su antojo entendieron cuál era mi respuesta. No pensaba atar a Perla ni esconderla en su propia casa! Quería que fuese libre y por nada del mundo iba a atarla... ¡Y ese era mi Ayuntamiento! Defendiendo los caprichos de un desconocido que llega a nuestra casa y nos dice lo que tenemos que hacer. Hasta busqué esa palabra «desalmado» en el diccionario. Eso me había dicho a mí ¡Qué basura de gente! Si Camila viviese ¡ella les hubiese echado los perros encima!

Los meses siguientes fueron infernales. Los peregrinos, o quién demonio

fuesen, me tiraban basura, pintaron «ASESINO» en la verja. La habían tomado conmigo ¡Dios mío, qué locura! Yo que siempre he sido un hombre de paz y de fe ¿A quién he matado yo? ¿A qué decir que no tengo alma?

Cuando aquella mañana no corrió a mi lado para su caricia, ya presentí lo peor. Hacía tiempo que barruntaba hasta donde llegarían esos bárbaros. La habían envenenado unos hijos de mala madre, pero quien había mandado a los verdugos era el alcalde, los del Consejo, él señor Vidal imis propios vecinos! Y en especial ese malvado de la pancarta. Con el empezó todo. Y lo había conseguido, mi Perlita y mi Camila estaban ahora silenciadas y enterradas.

En el foro de amigos del camino algunos le agradecían su acción. No me costó demasiado encontrar el nombre y la dirección del asesino:

«Dr. Marcos Salazar  
Optómetra Plaza Orli, s/n Santander»

Un médico de algo de los ojos. ¿Cómo puede ser un médico tan mala persona?

Alquilé una pensión en la capital y observé durante una semana a ese criminal. Salía a correr cada mañana de 7a 8 por el mismo lugar, siempre desierto a esas horas. En la perrera conseguí a un mal bicho, le llamé «sin nombre», un perro de la calle lleno de cicatrices que me aseguraron era ya imposible domesticar. Estaban a punto de sacrificarlo por intratable y peligroso así que les quité un problema. ¿Está seguro de lo que hace?...lo estaba.

Mientras conducía la furgoneta, miraba por el retrovisor a «sin nombre», enjaulado, los ojos encendidos como un demonio.

Cuando le vi pasar con eso del footing le avancé dos calles y cuando llegó a mi altura me fue muy fácil engañarle ¿Señor, me puede ayudar? Él se acercó sin sospechar nada y le di un golpe en la nuca con la llave inglesa que lo dejó aturdido. Lo empujé hacia la jaula y apenas recobrado el conocimiento, se encontró cara a cara con su peor pesadilla. «Sin nombre» se abalanzó sobre él con las fauces desencajadas y mientras chillaba yo le gritaba ¿Quién es el desalmado, dime, quien es el desalmado?

\*\*\*



# El complot

Es que no lo entiendo. Lo tiene todo. Trabaja en aquello que estudió, una carrera de ingeniería de no sé qué y un Máster en Massachussets que ni dinero me costó porque le dieron una beca. Gana un buen sueldo, cuando muchos de sus amigos son apenas mileuristas y difícilmente llegan a fin de mes. Se acaba de cambiar de coche, el tercero en diez años, yo tuve también tres... ¡en toda mi vida! y solo el último fue de primera mano, y aún pita. Tiene una familia maravillosa; su mujer, un bombón que fue miss...bueno no, como lo llaman en los pueblos,...

Pubilla...

Eso, fue pubilla de su pueblo, trabaja en una empresa textil y gana un sueldo decente y, además, hace sus pinitos en la cocina y ¡es simpatiquísima!... y luego están las gemelas que parecen querubines sacados de un cuadro de...sí ese pintor que los hacía gorditos...

Rubens...

¡Equilicué!....Pues nada de todo eso parece satisfacerle. Le veo taciturno, pesimista, inapetente. Nada parece hacerle ilusión. Primero pensé que aún arrastraba la crisis de los cuarenta, pero ya tiene 43 y sigue igual. La gota que derramó el vaso fue la conversación telefónica que escuché, fortuitamente...

Quieres decir que le espiaste...

Exacto. Que «fortuitamente» espié mientras hablaba con Andrés, su mejor amigo, ese que trabaja en la compañía petrolífera esa...Petrogas...

Petronás...

Bueno esa....Te lo reproduzco:

«Es que tío ya tengo cuarenta y tres tacos y mi vida está acabada. Ya hice lo que tenía que hacer, lo que se esperaba de mí, estudios, trabajo, familia, ¿y ahora qué? Seguir la rueda y a la caja...» Deduzco que el otro le debía decir algo así como que se buscara una amante de veinticinco, como había hecho él, o algo parecido.

«Jo, ipero que pereza ahora tener que pasar otra vez por el rollo del cortejo, regalitos, viajes inventados,... Y montarte excusas de culebrón latino —te quiero a ti pero a ella no puedo dejarla por las niñas—,...no me jodas!»

Eso me hizo gracia, lo de los seriales...

No seas antiguo, culebrones...

Vale, lo que tú digas,...bueno y entonces bajó algo la voz, pero le entendí todo perfectamente...

«Ya sabes que tuve ese rollito con la de la oficina, Deni; duró casi un año, y además de tener que aguantar a una niñata, por echar un polvo al mes, que seguía y me contaba todos los infectos Realitys de la tele, al final se ponía celosilla y empezó a lanzarme ultimátums...nunca más tío...» Me asombra tu capacidad de ventrílocuo, para lo que quieres tienes una memoria prodigiosa...

Tú que eres Psicólogo deberías saberlo, no es memoria sino prestar atención a aquello que te interesa...Bueno terminó, la conversación; se detuvo ahí porque al parecer Andrés conducía....Eso que hacen para aumentar las estadísticas de muerte por accidente por hablar con un móvil de «manos sujetas».

Pues fíjate que a mí me pasa algo parecido, y eso que mi Amelia es completamente opuesta a tu hijo. Dejó sus estudios de Derecho para pintar; luego dejó a su novio de toda la vida para viajar a la India; luego dejó a las amigas, bueno en realidad fueron ellas las que la dejaron, porque se casaron y embarazaron. Después tuvo un affaire con su profesor de derecho romano en la universidad, 20 años mayor; cuando este la despachó, se lió con su profesor de yoga, 10 años más joven; ahora ha decidido no depender más de un «falócrata», en sus propias palabras, y dedicarse a sus clases de patchwork y a meditar. A sus 42 solo sale con una vecina que tiene casi nuestra edad.

—Igual es lesbiana.

Ojalá!... lo que es, lo que en realidad es... ¡Una persona válida que está desaprovechando su vida estúpidamente!... ¡Si yo tuviese su edad, también haría esa vida monacal!

Sí, es doloroso verlos así, sin objetivos, sin motivaciones.

Bueno, es su vida...

¿Y no podríamos hacer algo?

¿Hacer?, ya son mayorcitos, y nosotros más, yo ya soy abuelo y tú podrías serlo.

¡Pero bueno, si estamos hechos unos críos!; y desde que enviudamos no hemos parado de hacer cosas...ahora uno es mayor a los ochenta. ¿Cuántos tiene tú?, uno más que yo ¿no?, 75... Seguimos más en activo que antes. Tú, con tu presidencia honorífica en el club de ajedrez y yo aún doy algunas conferencias sobre la superación del duelo para las viudas de la parroquia.

Pues quizás es ese el problema.

¿Qué quieres decir?

Que quizás deberíamos actuar como abuelos de verdad, con problemas de memoria, achaques, manías, depresiones... Continúo sin seguirte...

Bueno cuando tenía mi consulta psicológica aprendí que sacar a la gente de su zona de rutina y confort, y retarlos con desafíos, incidentes, etc., hacía que se activaran, que se implicaran emocional y cognitivamente en nuevos proyectos, que aprendiesen nuevas competencias, hiciesen nuevas relaciones, en definitiva que encontrasen nuevas razones para vivir..

Ja, ja, ¡estás como una chota!... ¿quieres que les compliquemos la existencia para mejorar su existencia?

¡Ay, ese verbo tuyo tan florido!...No lo diría mejor.

Lo dices en serio...No sé, divertido sería, básicamente mejoraríamos nuestra existencia.

¿Lo ves?, dos pájaros...digo cuatro, de un tiro.

¿Y por dónde empezaríamos?...

¿Qué tal problemas de memoria?...un tema típico y recurrente. Y en tu caso bastante oportuno. Ya,...si no fuese por Google aún estarías obsesionado en recordar el nombre del protagonista de tu película preferida «la fierecilla domada» con la maravillosa Katharine Hepburn... ¿y...?

La madre que te parió... (mirando el móvil)...¡Spencer Tracy coño!...vale, vale,... y ¿por dónde empezamos?...

\*\*\*

Papá, ¿pero qué te pasa últimamente? Ayer confundiste a Enriqueta con Jacinta y hoy te olvidas las llaves de casa.

A ver, tus hijas son gemelas y yo mayor.

¿Pero si nunca te habías confundido? ¿Sí alardeabas de ello? Qué quieres que te diga, los años no pasan en vano.

\*\*\*

Oye hija ¿has visto mi camisa de cuadros roja? ¿La que me compré hace poco? Pero papá, ¡sí la llevas puesta!

¡Jo, ¡es verdad!, ¡no sé dónde tengo la cabeza!

Algo debes barruntar, tú tienes muy buena memoria. Tenía hija, tenía.

\*\*\*

Bueno y cómo te va.

Espera un momento, salgo a la terraza que mi hija merodea por aquí... ¡Bastante bien!, la tengo mosqueada, pero aún no preocupada.

A mí me pasa lo mismo, deberíamos aumentar la intensidad de nuestros descuidos, nos consideran demasiado sanos. Pasemos a nivel 2.

OK, nivel 2, cambio y corto.

\*\*\*

Hola hijo, ¿qué tal hoy el trabajo?

Bie...¿Y ese olor?... ¡Pero si sale humo de la cocina!

¡Ay Dios!, me dejé el fuego encendido, soy un desastre...

\*\*\*

¿Papá? ¿Dónde estás, llevo toda la mañana llamándote?

Hija, es que perdí el móvil, suerte que un chico vio que me lo dejaba en la cafetería y me lo ha devuelto, aún existen perso...

¡Papá! ¡Me has dejado encerrada en casa y te has llevado mi llave!...

¡Tú llave!, yo no teng... ¡Uy sí, la tengo en el bolsillo...!

\*\*\*

Ja, ja, lo de dejarte la sartén en el fuego, con esas patatas carbonizadas, tenía su peligro...

Pero bueno, estaba atento. De hecho las quemé antes y cuando le divisé desde el balcón, encendí el fuego y me puse a leer el periódico.

¡Y tú qué sádico!, martirizando a tu hija, itoda la mañana encerrada en casa!  
Va, llamó a todo Dios por el móvil y me dejó fatal, tratándome de viejo chocho... isí casi llama a los bomberos!

Pues el éxito es evidente...¿entonces?, ¿pasamos al nivel 3?

\*\*\*

No sé hija, me recordó a tu madre.

¡Pero si no se parece nada a mamá!... ¡Y conoces a nuestra vecina desde siempre!... iy bueno!, ¿tú le decías esas cosas a mamá?

En la intimidad sí, hija, eran otros tiempos pero nos gustaba el sexo,...eso no es malo.

¡Por Dios papá!, invitar a Encarnita a un crucero por las islas griegas para ver si podemos «cruzar mucho más que palabras», ¡qué vergüenza!

\*\*\*

¿Y cuál es su parentesco?

Es mi padre... ¿pero cómo han podido esposar a un hombre tan mayor?

Mire señor, en primer lugar fue él quien se esposó con el resto de ocupas para reivindicar que no se demoliese el antiguo Casino, y en segundo lugar se resistió a la autoridad y le aseguro que su padre aún tiene mucha fuerza...

\*\*\*

Hace una media hora que te espero, ¡venga cuéntamelo ya!, ¿qué te dijo al llegar casa?

¡Tenías que verle la cara!...«Papá ¡pero te han fichado! ¡La policía te ha fichado...!»

Le respondí muy serio: ¿Tú no eres ingeniero en obras públicas? Pues el Casino es una obra pública. Allí tu padre pasó su juventud, conoció a tu madre y... icasí te engendró!, si esas paredes hablasen....No pienso permitir que lo derrumben.

Entonces mi hijo la cagó, ¿Pero desde cuando tienes tú esa sensibilidad social?

Tenías que ver mi cara de indignación. ¡Yo te eduqué para mejorar el mundo y todo lo que has hecho es mejorar tu cuenta bancaria!

Pero a ver, ¿qué narices quieres?

Entonces me puse trascendente, «antes de morir me gustaría hacer algo por mi barrio, por la memoria de tu madre, por mi gente, y me gustaría hacerlo contigo, juntos padre e hijo».

¡De verdad que tragó saliva!...Me pidió que me sentase, se sentó frente a mí y hablamos. En resumen, cuando salga de trabajar, dos días a la semana, analizaremos la situación del edificio, realizará un plan de viabilidad e interpondremos un recurso contra la demolición del Casino.

¡Dios, qué exitazo!

Lo peor es que realmente consigamos que ese edificio, cochambroso y horrible, siga en pie. Ahora debo ingeniármelas para que se enganche en el proyecto y iyo pueda seguir con mi vida! Sino ya me veo ejerciendo de auténtico abuelo-espectador-de-obras.

¿Y tú?

No te lo vas a creer. Tras el incidente con la vecina, por la noche, me preparó un chocolate y se sentó conmigo, muy afligida, casi sollozando. Me dijo que lo había pensado y que entendía que me sintiera solo y añorase a su maravillosa madre. Tú sabes que era buena mujer, pero un poco mojjigata y terriblemente aburrida. Bueno, para hacerlo corto, me propuso que hiciéramos los dos un crucero por las islas griegas...

¡Qué me dices!, horror, ¿y piensas ir?

Bueno, tú no lo sabes, pero vas a estar a punto de morir el día anterior al viaje. Yo no podré ir porque seguramente deberé asistir a tu funeral y ella se irá en el crucero solita...para no desperdiciar lo que pagamos.

Te has olvidado de un pequeño detalle, no pensaba morirme tan pronto.

¡Ah, no! Será una falsa alarma. Una indigestión muy grave, y icómo eres tan aprensivo!

Ja, ja, está bien...después de pasar por comisaría ya no tengo reputación. ¿Pero qué hará sola en un crucero y sin su amiga del alma?

¿Quién ha dicho que estará sola? Busqué en esa aplicación de móvil, e.com.prometidos, allí encontré a Rodolfo, un perfil muy a su gusto. Con la agencia pude negociar que él se quedase con mi pasaje. Luego ya sabes, una confusión, mismo camarote, un par de frases ingeniosas ensayadas, y una formación intensiva que voy a impartirle sobre todos los gustos, preferencias y obsesiones de mi hija. Lo tendrá chupado.

¡Cómo somos!

Lo más, colegai....

\*\*\*

Hola, ¿eres Amalia?...Soy Joaquín, el hijo de Eduardo Echardi, el mejor amigo de tu padre, Daniel.

Viniste a mi boda, no sé si te acordarás...

¡Ostras claro Joaquín cuanto tiempo! ¿Cómo estás? ¿Tuvisteis gemelas verdad?

Sí, sí, bueno ya han cumplido seis años, todas unas señoritas...Mira te llamo por un tema que me tiene algo preocupado, se trata de mi padre.

Bueno, lo cierto es que mucho no lo conozco. Sé que sale bastante con mi padre, pero tampoco me cuenta nada.

Ya, bueno, la verdad es que me pasa lo mismo. Sé que se llaman, andan juntos pero tampoco me cuenta demasiado. No sé, pensé que quizás tu padre te habría hecho algún comentario. Últimamente ha tenido un bajón muy fuerte, se olvida las cosas y actúa de una manera muy descontrolada, muy impropia de su manera de ser. Me cuesta reconocerlo y eso ha sido en cuestión de solo unas semanas.

Pues no sé si te lo vas a creer pero parece que estés hablando de mi padre. También en poco tiempo ha cambiado un montón, con problemas de memoria y conductas muy extrañas, totalmente contrarias al hombre ordenado, prudente y sensato que siempre ha sido.

¡No me digas!, ¿causalidad?

Pues no lo sé...

Mira te propongo algo. Por qué no nos dedicamos a observarles un par de semanas y después tomamos un café y compartimos nuestras impresiones.

Me parece una gran idea. ¡Está hecho!

\*\*\*

Amalia ¿verdad?, pero si estás igual...

Ja, ja, no hace falta que mientas, a ti sí que se te ve bien. Bueno, mi pelo ha decidido suicidarse gradualmente...

¡En cambio a mí las calorías me han adoptado!

Pero estamos bien....de hecho tenemos buenos moldes...

¿Sí?

No se cómo han ido tus indagaciones, pero yo he hecho un descubrimiento asombroso, diría que tragicómico.

¿Sí?

Nuestros padres nos engañan.

¿Siiii?

Estos último días estuve atento a sus llamadas telefónicas, sin embargo solía meterse en su habitación, cerrar con llave y conversar en voz muy baja. De nuevo un comportamiento muy extraño para lo extrovertido que siempre fue. Al final decidí emplear otra estrategia, ...y espero que no salga nunca de aquí lo que voy a contarte...

Seré una tumba.

No sé si recuerdas que soy ingeniero y lo cierto es que me gusta estar a la última en tecnología. En estos momentos existen unos diminutos micrófonos inalámbricos, más pequeños que una aguja de coser, que pueden colocarse donde quieras y transmiten las señales de audio al dispositivo digital de grabación que quieras. Coloqué el micro bajo la solapa del batín que lleva siempre mi padre por casa y he grabado las siete últimas conversaciones que ha tenido con tu padre. Déjame que te muestre algunos extractos de sus jugosas conversaciones...

(Allí se hablaba de todo... de la pena que les daban sus hijos y sus desperdiciadas vidas, de los distintos olvidos simulados, de la sartén achicharrada, del acoso a la vecina, del activismo ocupa, del crucero y del contacto con un tal Rodolfo Cepeda, el candidato a novio de Amalia)

¡Los muy cabrones! ¿Han hecho todo eso para animar nuestras vidas? Exacto, según ellos nuestras miserables y tristes vidas.

Pues ¿por qué no les pagamos con la misma moneda y sobre-estimulamos las suyas?

\*\*\*

Esa mañana los padres de Joaquín y Amalia recibieron una carta, casi a la misma hora. En la carta el texto era idéntico, salvo el nombre del destinatario:

«Querido (Eduardo/Daniel),

No puedo seguir engañándote, a los pocos días de conocernos te vi en el parque Tirso con ese amigo tuyo, (Daniel/Eduardo). Me picó la curiosidad y cuando te fuiste le abordé para saber más de ti. Muy atento me invitó a un café y lo que empezó siendo una conversación sobre tu biografía, derivó en una agradable velada. No te dije nada, pero le seguí viendo, y finalmente me he enamorado de él. No he tenido fuerzas para cortar contigo, eres un buen hombre y no querría hacerte daño, pero el amor que siento por (Daniel/Eduardo) es más fuerte que mis convicciones. Él siente lo mismo por mí y me ha convencido para que me vaya con él, lejos de aquí, a empezar una nueva vida. Hemos quedado en el parque hoy mismo, cuando anochezca, y posiblemente no te volveré a ver.

Perdóname si puedes; espero que algún día entiendas que no tuve opción.

Marisol»

Ambos quedaron aturridos. Daniel se dejó caer en el sofá de la galería de su casa y Eduardo se encerró en su habitación y se sentó en el borde de su cama. Ambos habían conocido a Marisol hacía apenas un mes.

A Eduardo lo abordó en la parada de autobús y le pidió fuego, cuando le dijo que no fumaba y que ella debería hacer lo mismo, tiró el cigarrillo al suelo y con su mejor sonrisa le dijo «¡tiene razón!, hace tiempo que quiero dejarlo y ahora es un momento excelente, siempre y cuando usted me siga dando buenos consejos». Tras ese primer día se fueron encontrando, almorzaron, cenaron, bailaron y un día Marisol dejó que Eduardo la besara.

Con Daniel el encuentro se produjo en un café. Mientras él leía el periódico, ella comentó en voz alta la noticia que, a toda plana, aparecía en la portada: «Europa se niega a recibir a los refugiados sirios». «¡Pobre gente!...Perdone señor pero no he podido reprimirme, mis padres también fueron refugiados y gracias a que este país nos recibió con los brazos abiertos yo he podido tener una buena vida aquí». El resto vino rodado y a los cuatro días de pasear, ir al cine, visitar algún museo, ella le dijo que no podían seguir viéndose porque empezaba a sentir algo especial por él, y Daniel la besó.

Durante esos días los dos amigos prácticamente no se vieron. Se daban excusas mutuamente: «Daniel lo siento pero hoy salen y me han pedido que me quede con las nietas»; «Eduardo discúlpame pero no podré venir, ayer cené una croquetas que me han sentado fatal».

Ninguno le dijo al otro nada sobre ese encuentro fortuito con Marisol, ninguno quiso sincerarse con el otro y tratar de explicarle cómo una mujer tan joven, guapa y simpática se había fijado en él. Ninguno se atrevió a admitir que se

había enamorado hasta el tuétano y que su estrategia compartida con los hijos pasaba ahora a un segundo o tercer plano.

Tras recibir la carta, ambos se acercaron a la plaza Tirso cuando anochecía para tratar de descubrir, infraganti, a la pareja traidora. Cuando se vieron, no tuvieron tiempo de mediar ninguna palabra. Se abalanzaron uno contra y encima del otro, cual tirios y troyanos, al grito de «cerdo», «traidor», «infame»,...y otras cosas peores.

Tras apenas veinte minutos de forcejeos, empujones, puñetazos mal dirigidos, un par de arañazos, y varias bofetadas, estaban exhaustos. Se separaron lentamente, respirando con dificultad. Daniel le gritó a Eduardo «no quiero ver nunca más tu sucia cara», y Eduardo a Daniel le replicó «ni yo la tuya, jamás». Y casi al unísono, se dieron media vuelta y se alejaron sin mirar atrás.

Amelia, Joaquín y Marisol habían observado toda la escena desde un extremo del parque, medio agazapados detrás de unos matorrales. «Ya sé que no debería meterme en donde no me llaman; me habéis pagado bien por este trabajo y solo soy una profesional, sin embargo vuestros padres son encantadores y haberles enfrentado es muy sucio».

Marisol, tú no sabes lo que es jugar sucio; te aseguro que se lo merecen por lo que nos han hecho, y ahora si nos disculpas.

«Claro». Marisol se alejó, no sin antes echar un último vistazo a sus dos amantes engañados, cuya silueta se perdía ya en la lejanía.

¿Se lo diremos algún día?

No, es el precio que deben pagar.

¿Les perdonaremos?

Yo a mi padre le acabo de perdonar. Perder a su mejor amigo es suficiente penitencia y después de todo trataban de ayudarnos, aunque de un modo inaceptable. ¿Sabes? he estado pensando en el tema del Casino y me gusta. Igual sigo con el proyecto y con mi padre de ayudante.

Pues yo creo que voy a realizar ese crucero con él y de paso a conocer al tal Sr. Cepeda; investigué en Internet y pienso que podríamos hacer buenas migas.

Se desearon mucha suerte y besaron recíprocamente sus mejillas. Uno a cada lado.



# Lucas

El personal sanitario llama LUCAS a un dispositivo capaz de mantener operativos los órganos trasplantables de las personas que acaban de morir.

La nueva ambulancia en la que iban los camilleros Bernardo y Eduardo tenía instalado un LUCAS y ellos eran los encargados de su correcto funcionamiento. Transportaban un cadáver conectado a la máquina. La cabina del conductor quedaba, en este modelo de ambulancia, aislada de la zona delantera.

Bernardo y Eduardo tenían un amigo común, Jaime, con necesidad urgente de trasplante de corazón, en lista de espera desde hacía dos días. Cuando recibieron los datos de entrega vieron que el corazón de aquel cadáver se había adjudicado a su amigo Jaime.

—Qué suerte ha tenido.

—Y qué mala suerte el otro, conducía una BMW—1000. Si tienes una BMW es más cruel dejar este mundo, ¿no crees?

—No me dicen nada las motos, Eduardo.

—Leí que desde que los motoristas llevan casco obligatorio, hay menos material para LUCAS.

—Sí, antes de llevar casco eran la fuente principal de órganos jóvenes.

—Este no era tan joven, tendría unos cuarenta.

Bernardo miró la ficha y vio que se llamaba Julio Sorribas Benet, y tenía cuarenta y dos años.

—Casi— dijo.

—Jaime creo que tiene 28 —dijo su compañero.

—No. Iba dos cursos por delante de nosotros. Ya debe tener treinta y uno. Aún veo la cara de Patricia cuando Jaime entró en coma, todavía sigue con él, sin apenas comer ni dormir.

—Ya casi llegamos, no te me pongas melancólico que lo vamos a salvar. Somos como Dios resucitando a los muertos.

—Más bien como Frankenstein, los apedazamos. ¡Ei, mira el pulso!

El pulso del cadáver osciló durante tres dramáticos segundos hasta que se regularizó en la pantalla de LUCAS.

—¡Está vivo! — Eduardo saltó hacia la tabla de control para verificar otras variables.

—Pero si es imposible.

—No, no, es imposible, es raro pero hay paros intermitentes y ahora LUCAS puede mantenerlo con vida hasta que lleguemos.

—¿Y ahora qué pasa con Jaime? Qué putada. — Eduardo se acerca a su compañero y lo mira a los ojos—

—Oye, ¿estás pensando lo mismo que yo?

—No, no estoy pensando lo mismo que tú. Y no me gusta tu cara.

—Pero Jaime es nuestro amigo, el novio de Patricia, se tenían que casar en primavera.

—Se tenían que casar. Pero eso ahora ya no importa.

—¿Como que no importa? ¡Es este tipo el que no importa! Jaime es nuestro amigo desde el instituto, nuestras vidas han crecido juntas, «nuestras vidas».

—Todos tenemos una historia, el motorista también. No es un cuerpo Bernardo, no lo es si aún vive. No sabemos nada de él, puede ser un gran amigo de sus amigos como Jaime, puede ser un asesino, un psicópata que pasado mañana te degollará o el científico que descubrirá una vacuna que salvará millones de vidas en el futuro, también las vidas de tus nietos y los míos.

—No es nada de eso, no hará nada bueno ni malo, gastarse el dinero en ropa cara, mira cómo va vestido. Y después está la moto, tú mismo lo has dicho. Ya ha disfrutado bastante de la vida. Sin embargo Jaime se merece algo más ¿no crees? Además, ¿quién se va a enterar?

—Sabes que no es verdad lo que dices. Los ricos también tienen amigos, familia, hijos, responsabilidades, empresas con muchos trabajadores. Pero esto no tiene nada que ver. Antes he bromeado diciendo que éramos Dios. «He bromeado», ¿entiendes lo que es eso? Yo soy divertido en cualquier circunstancia y tú siempre vas a encontrar algo de lo que quejarte. Esa es la diferencia entre tú y yo. Repito, y doy por zanjado el tema: esto que ha pasado no tiene nada que ver ni con mis bromas ni con tu amigo del alma.

Bernardo se levantó y se acercó a la tabla de control; por el interfono habló con el conductor de la ambulancia.

—Hola, ¿Todo bien? ¿Cuánto falta para llegar al hospital?

—Unos treinta y cinco minutos. ¿Cómo se está portando LUCAS?

—Bien, muy bien. Demasiado bien.

—¡Qué burro llegas a ser Bernardo!—era Eduardo quien habló— No le hagas caso. Todo va perfecto, te dejamos conducir tranquilo — Cerró el interfono y apartó de un empujón a su amigo. Éste se sentó en un rincón sin pronunciar palabra y empezó a buscar datos de Julio Sorribas Benet en el móvil.

Eduardo miraba a su amigo. Sabía que podía ser muy tozudo; es esos casos lo mejor era dejarlo estar. La situación era absurda.

—Tengo algo.

—Déjame en paz.

—Esto te va a gustar.

—Déjame en paz te he dicho.

—Es el productor de ese Reality, OM, Operación Muerte. Cuentan las 24 horas de un suicida, antes de su muerte; si finalmente se mata, le dan un pastón a su viuda y a sus hijos. Está casado con esa bruja de... Eduardo se hartó y le arrebató el móvil de un manotazo.

—¿Pero qué haces?—se quejó Bernardo. Pero cuando estaba a punto de lanzarse contra su compañero para recuperar el teléfono, se detuvo de repente. Una idea se había encendido en su cabeza, ahora entendía la actitud de su amigo, todo encajaba, ¿cómo no había caído en ello hasta ahora? —Claro, vosotros dos, tú y Patricia. ¿No será eso?

—Eres un miserable, pero del peor género. Cuando lleguemos informaré de esto y espero que te abran un expediente y te aparten del servicio.

Hubo un breve silencio. Ya estaban a pocas manzanas del hospital. Se miraban. Entonces, de repente Bernardo se abalanzó sobre el cuerpo inconsciente de Julio y le arrancó los cables que lo unían a LUCAS. Acto seguido saltó Eduardo para impedirlo y comenzaron a forcejear, a gritar, la ambulancia dio un bandazo y el conductor alarmado se giró para ver por la ventanilla qué estaba pasando. Un claxon le hizo volver a mirar a la carretera y vio que un taxi se les cruzaba. La ambulancia chocó frontalmente y saltó por los aires dando una vuelta de campana por encima del taxi que quedó reducido a la mitad de su volumen, dejando aplastada la puerta del conductor.

\*\*\*

Los párpados le pesaban como un telón de plomo. Logró entreabrirlos muy despacio. De la luz cegadora inicial, pasó a distinguir puntos blancos sobre un fondo sepia y más tarde contornos poco definidos. También estaba recuperando la audición.

—¿Martín? ¿Bernardo Martín? ¿Puedes oírme?

Bernardo se giró hacia la voz femenina —¿Dónde estoy?— dijo.

—En el Hospital Provincial, trabajas aquí... ¿Cómo te encuentras, Bernardo?

—No sé, no recuerdo. Me duele el pecho, la cabeza.

—Tuviste un accidente con la ambulancia.

—¿Un accidente?

—Sí, hace una semana. Entraste con conmoción cerebral y más cosas. Pero ahora estás estabilizado.

—¡Una semana! No recuerdo nada... ¡sí!, mis compañeros, el conductor, Eduardo, ¿dónde está Eduardo?

—No debes hablar tanto ahora. Nosotros nos estamos ocupando de todo. Aunque hay una persona que ha estado a tu lado todos esos días. Si quieres la hago pasar, pero solo un momento y después descansa.

—Sí, por favor.

La enfermera hizo pasar a Patricia. Entró, estaba muy pálida. Dijo hola pero pareció un suspiro que él ni llegó a oír. Se acercó y le cogió la mano, pero no se atrevió a darle un beso; tenía la cara desfigurada, muy amoratada.

—Patricia, ¿Qué ha pasado?

—Se puede decir que ya vivo en este hospital —bromeó. Cerró los ojos un par de segundos antes de responder.

—Has estado una semana inconsciente. Jaime murió un día después de vuestro accidente. Desde entonces he estado a tu lado esperando a que recobrases el conocimiento— Patricia empezó a llorar, convulsivamente, repitiendo un gritito estridente a un ritmo regular, abrazada a la mano de su amigo que se iba llenando de lágrimas. Bernardo acercó su otra mano hacia Patricia como pudo y le acarició los cabellos.

—¡Lo siento, lo siento! ¡Dios mío, lo siento Patricia!

Ella levantó la cabeza, se secó las lágrimas con el dorso de la mano, bebió un poco de agua de una botellita que había en la mesilla, lo miró.

—¿Cómo está Eduardo?

—Solo sobreviviste tú al accidente. Eduardo, el conductor, el taxista, el cadáver que transportabais, todos destrozados por la explosión de la ambulancia. Tú te salvaste porque en el choque saliste despedido.

—¡Qué horror! ¡Eduardo también!

—Y pensé que a ti también te perdería. Te trajeron con un paro cardiaco y tuvieron que trasplantarte.

Él se palpó la venda que le cubría el pecho donde sentía un dolor constante y profundo.

—De esa carnicería se salvó un corazón.

—¿De Eduardo?

—No, el de LUCAS, el del cadáver que mantenía LUCAS quiero decir. Su viuda dejó esta tarjeta para ti.

Bernardo volvió a palpase el pecho y notó latir aquel nuevo corazón dentro de su cuerpo. Leyó la tarjeta: El corazón de mi marido vive en usted, cuídalo, era un buen hombre.

# Míster magoo

¿Por qué se acercaba aquel tipo del capirote a mi mesa? ¿Por qué nadie decía nada de su indumentaria? ¿Por qué las miradas de todos los que había en el bar atravesaban su túnica de estrellas plateadas como si fuera invisible y seguían hablando como si tal cosa?

Tardé poco en saberlo, el tiempo que empleó en contarme su historia. Se me presentó con ese nombre ridículo y me pidió unos minutos para explicarme algo que no se podía demorar. No supe decirle que no y le invité a acompañarme con un vago gesto de la mano.

Creo que todo comenzó en abril de 2014, empezó a explicarme mientras se sentaba recogiendo la amplia túnica con una coquetería casi femenina. Mi padre, había sido desahuciado hacía meses y sin embargo seguía vivo, aunque no coleando y yo iba cada noche al hospital. Afortunadamente quedaba a solo 25 minutos de mi domicilio y como tardaba nada en darle la cena y arroparle, en algo más de una hora volvía a estar en casa. Para combatir la monotonía del trayecto cambiaba cada día de itinerario y observaba las tiendas, los bares, a los vecinos...

La primera vez que la vi era una mujer con un niño en brazos que se paseaba frente a un portal. Me miró burlona desde una cara oscura. Era un gesto descarado y provocador, indigno de una mamá. Me siguió con la mirada hasta la esquina. Al principio, como es lógico, pensé que no me miraba a mí y me giré levemente...nadie. Cuando volví a enfocar el rostro no tuve ninguna duda, era una mirada directa y pícara que decía, te conozco y quiero que lo sepas.

Estuve toda la noche intranquilo. Esa cara era realmente inquietante. Pensé que sería una loca.

Al día siguiente cambié de ruta y elegí la más larga. Me horrorizaba volver a ver ese rostro. Cuando pasé por el kiosco de siempre, frente al abuelo de siempre, allí estaba de nuevo. Esta vez era un hombre mayor con un bastón y una barba

desaliñada, pero el mismo rostro, la misma sonrisa sardónica, la misma mirada penetrante, atrevida, procaz, persistente.

Pasé de largo como alma que lleva el diablo y esa noche sí que no pegué ojo. ¿Sería una misma familia? ¿Unos rostros casualmente parecidos? ¿O era mi mente que me la estaba jugando? ... Pensé seriamente en no ir a ver a mi padre. Pero me pareció una cobardía mezquina. Volví. Y de nuevo por otra ruta, y de nuevo estaba allí, en la mirada del camarero de un bar. Un joven, rubio y esbelto, pero con la misma cara y sonrisa mordaz y ojos socarrones y desafiantes que me siguieron hasta que doblé la esquina.

Ya solo me quedaba una hipótesis, sufría serias alucinaciones y debía pedir ayuda a un profesional. En todo caso esa mañana decidí darme una última oportunidad y volví al bar del día anterior. Pregunté por el camarero rubio. Había muerto esa noche. Mi cara debía ser un poema...me repuse e inventé una historia...que hacía tiempo que no lo veía, que hicimos la mili juntos, que había llegado esa mañana a la ciudad. Fui al sepelio y logré ver su cara. Nada que ver con el rostro burlón que me perseguía.

Era yo, debía ser yo...Esa noche llegué con retraso a darle la cena a mi padre. Esta vez el temido rostro estaba en su cara y él agonizaba. A pesar de los dolores y estertores finales, me miró con ese rostro guasón hasta que murió, y su cara real reapareció. Le pregunté al médico... ¿es habitual que antes de morir cambie una persona de cara? Claramente pensó que estaba confuso en esos momentos de pérdida. Bueno la cara cambiar no cambia, me explicó, sí se produce a veces un rictus debido a la rigidez pero no cambia... Sí, sí claro...

El entierro y el papeleo posterior me tuvieron ocupado toda la semana y no tuve tiempo de pensar en mucho más. Y después me sentí aliviado, en todo caso estaba liberado, no tendría que volver a pasar por allí.

El lunes volví al trabajo, a mi metro habitual, a las caras habituales...Pero al regresar a casa, en el autobús 57, como solía, volvió a aparecer en el asiento de al lado, en forma de adolescente con rastas. Entonces no pude más, y le espeté ...¡Dime de una vez quien eres y qué quieres! Vamos, vamos, respondió, ¿no te lo imaginas?

Primero pensé que eras el diablo. ¡Ja! Te tenía por más inteligente, ¿no sabes que el diablo no existe?...Pero en los últimos días lo he reconsiderado...Cada vez que veo tu cara sobre un rostro, esa persona muere al cabo de unas horas,

máximo un día ¿no es cierto? ¿Eres la muerte? Sí, me contestó; en realidad yo tampoco sé cómo lo haces, ni por qué tú, pero eres el único que puede verme. Pues no quiero ese poder, le dije, es angustiante y, además, ¿podría hacer algo para evitar cada muerte que veo? No podrías, pero aún menos deberías. Si una persona no muere cuando está previsto, las consecuencias son imprevisibles, ya sabes, la globalización, itodo está conectado!

El tipo de la capa, al que había bautizado como Mister Magoo, recordando un viejo personaje de cómic, siguió contándome que tras unos pocos días de ese encuentro, al llegar a su casa y mirarse al espejo mientras se afeitaba, el rostro de la muerte apareció sobre su faz. El mensaje era inequívoco, le tocaba a él. Antes de que pudiese siquiera pensar, ejecutó de inmediato el plan que había ideado desde la última conversación con la muerte, abrió las alas de madera de su balcón, en el sexto piso, y se lanzó al vacío. No dejaría que la muerte tomase esa decisión.

Pero no estaba escrito que muriese entonces y solo se hizo algunas heridas. La muerte, ofendida por su soberbia, se desentendió de él cuando le llegó su verdadera hora y así se convirtió en un hombre inmortal e invisible. Desde entonces vaga por las calles, advirtiendo a los que llevan el rostro de la muerte, los únicos que pueden verle, que se despidan de sus seres queridos y se preparen para el último viaje. Por eso se acercó a mi mesa.

# Plagio

Todo empezó con una conversación intrascendente con Marisol sobre los refugiados sirios. Ambos trabajábamos la última semana de agosto y habíamos quedado tras la jornada laboral para tomar unas copas. En realidad era nuestra común amistad con Susana lo que nos unía, por eso la conversación se desvió hacia temas impersonales, de actualidad.

—Es increíble la resistencia de Europa a aceptar a esos pobres refugiados que huyen del terror.

—Sí, Europa se está convirtiendo en la nueva Jerusalén, pero veremos si es la Jerusalén de las Cruzadas o de la Diáspora.

—¿Cómo dices?

—Que Europa se está...

—No perdona, eso ya lo he entendido. Lo que ocurre es que me suena familiar. ¿Dónde has leído o escuchado eso que acabas de decir?

—¡Ah! Pues lo cierto es que me lo dijo Susana. Fui a Canet a visitarla el pasado fin de semana y hablaba precisamente de este mismo tema; a ella le escuché esta frase. Me parece que, si lo piensas, es realmente ilustrativa.

—Sí, sí. Ya lo entendí, la Diáspora... y las Cruzadas...

—¡Exacto!

La velada transcurrió sin mayores sobresaltos. Cuando nos despedimos, tras expresar ambos nuestra falsa voluntad de volver a encontrarnos pronto, rememoré mi último encuentro con Susana, también en Canet de Mar, recordé esa frase pronunciada por mí, preparada de antemano por mí, minuciosamente construida por mí para que fuese impactante y recordé cómo me pareció que no la procesaba y la obviaba con un descorazonador «sí, sí, claro».

En realidad fui yo quien sacó el tema de los refugiados para decir mi frase y cuando literalmente la ignoró me sentí mal, despreciado en lo más íntimo. Luego pensé que no la había entendido.

¡Pero sí que la entendió! Y se apropió de ella.

Pensar en eso me produjo un sentimiento agrisulce; satisfacción al comprobar que su desinterés era fingido; indignación al descubrir la copia; la muy páfida se las da de entendida a mi costa! Pasadas unas semanas, ya a finales de septiembre, quedé para almorzar con Toni, que quería explicarme su viaje a Japón.

—Hostia tío, fui a una macroexposición sobre robots, drones y otros inventos. Y fue alucinante. Una de las cosas que más me ha impactado es el uso de prótesis y órganos inteligentes. Algunos pacientes ya poseen más partes artificiales que humanas y uno ya no sabe si son una cosa u otra.

—Ahí está la verdadera crisis que sufrirá el derecho y la legislación en el siglo XXI, si se podrá juzgar a alguien por asesinato, por ejemplo, si el 51% de sus componentes físicos no son humanos ¿Tendrán responsabilidad penal esos casi robots?

—¡Vaya! Ya veo que has hablado con Susana. La tía es una crack; también a mí me pareció muy lúcido y brillante ese comentario.

Dos en la frente. Hacía un par de semanas que había hablado con Susana y le había soltado esa idea. La había desarrollado al leer un artículo en la revista que dan en los aviones de Vueling y había pensado que la utilizaría con facilidad puesto que las conversaciones sobre tecnología están a la orden del día.

La muy zorra, empleó la misma táctica que la vez anterior, pareció no oír mi comentario pero en realidad ilo fotografió!

Pensándolo bien, no hay semana que no quiera quedar conmigo de manera insistente y cuando quedamos va cambiando de temas... Ahora lo veo claro, tras alguna de mis frases lapidarias, icambia de tema! Que si Política, luego Moda, después Economía, Cine... Es un parásito, una sanguijuela devoradora de máximas ingeniosas y yo soy su proveedor oficial. Me está plagiando sin ningún escrúpulo.

A partir de esa constatación empecé a urdir mi plan. Debía desenmascararla, era una «chupóptera» y solo buscaba mi amistad para aprovecharse de forma ruin de mi genialidad y así ganar puntos en nuestro entorno social.

Una posibilidad era darle una información falsa y cuando la repitiese, destapar el asunto y dejarla en ridículo. Pero esa estrategia tenía bastantes lagunas ¿Y si ella no la repetía? ¿Y si al decirla y enmendarle la plana su interlocutor, revelaba que la frase era mía y me hacía quedar mal? Necesitaba cogerla in-fraganti, con

las manos en la masa, ponerla en evidencia en el mismo momento de reproducir la cita robada frente a diversas personas. Y para ello nada mejor que un testigo, Álex, mi mejor amigo y también amigo de Susana.

Como era de esperar, Álex primero trató de convencerme de que igual había sido una casualidad, no podía admitir que lo que repetía Susana fuese premeditado o mal intencionado. Cuando le hice ver que mi plan permitiría comprobar si eso era o no así, insistió en que si actuaba de una manera tan mediocre solo era digna de compasión y mejor haríamos en dejar de tratarla y punto. De nuevo le convencí de que, si en efecto me plagiaba a propósito, merecía un escarmiento y yo mi venganza. Al final accedió con un «vale, puede ser divertido» y pusimos el plan en marcha. Primero yo debía quedar con Susana para enviar el globo-sonda e instalar en su cabeza las ideas en cuestión. Me había preparado a fondo la conversación y estuve aprendiendo de memoria todas las máximas que pensaba reproducir. Álex unos días más tarde nos invitaría a mí y a nuestros amigos comunes a comer, con Susana a la cabeza, e introduciría el tema en la conversación (yo no asistiría por encontrarme mal, aunque en realidad estaría esperando oculto en una habitación cercana a que Álex me llamase para realizar mi entrada triunfal). Al finalizar la charla, extraería unas hojas fotocopiadas que llevarían por título «Frasas plagiadas a Néstor» y en las que aparecería mi lista de frases. A buen seguro que más de una y de dos y de tres las habría pronunciado Susana.

Álex me avisaría y yo aparecería para tirarle la lista a la cara y decirle ¿Tienes algo que decirme copiona?

Cuando la nueva doctora acabó de leer miró con cara de estupor a su ayudante y le preguntó si el interno había escrito otros textos. Álex le contestó que no, que el paciente se limitaba a escribir siempre el mismo texto desde hacía veinte años. Tenía almacenadas 7.300 copias en su cuarto.

\*\*\*

# La terapia

Mi vida cada vez se parecía más a un zoótropo. Vista desde fuera podía producir la ilusión de movimiento, de vida, pero desde dentro yo veía que solo se trataba de una continua repetición de figuras inertes. Cada día vivía una copia del anterior, sabiendo que también el siguiente día sería igual.

Atribuía mi desdicha a mi forma de ser, una profunda timidez me hacía evitar cualquier contacto demasiado «vivaz», evitaba el riesgo de cualquier novedad, nunca salía del caparazón de la rutina y todo ello, obstinadamente. O mejor sería decir testarudamente, ya que mi miserable situación tiene más que ver con mi cabeza dura que con mi escasa fuerza de voluntad.

Siempre me ha costado comunicarme con mis semejantes, nunca hubo fluidez, como suele decirse, en mis relaciones con los otros. Sin embargo no se trata de que en mí no haya un sincero interés por las relaciones sociales, al contrario, me gustan las personas y por eso he trabajado siempre cuidando de personas. Trabajo en una institución religiosa, un centro geriátrico de beneficencia, donde vienen a acabar sus días los ancianos sin recursos y, en la mayoría de los casos, también sin familia, una cosa lleva a la otra. Me encuentro cómodo con ellos, sin necesidad de hablar de mí mismo. Mi uniforme también me sirve para ocultar mi falta de empatía, mi incapacidad para explicar lo que siento a los otros. Tengo un exagerado pudor al hablar de mí mismo, al contrario de lo que le sucede a la mayoría de las personas, a todo el mundo creo que le encanta hablar de sí mismo, mostrando en su mejor versión, claro. Y además me pasa algo curioso, hablo de mí como si hablara de otro, como describiendo a alguien ajeno, sin poner ninguna emoción. No es de extrañar que mi vida no le interese a nadie.

Cuando entré a trabajar en el geriátrico fue también la época en que descubrí mi homosexualidad y comencé a tener trato con Agustín. Siempre me decía que yo era un pozo de doble fondo, un fondo con lo que se espera encontrar en un pozo, agua inodora, incolora e insípida, y otro fondo que nadie sabía lo que contenía, ni siquiera yo.

Ocultar las relaciones con un sacerdote en un pueblo de 3.000 habitantes no es fácil. Mantenerlas durante veinte años no sé cómo calificarlo. No podíamos dejar nada al azar, cada encuentro, cada palabra nos podía delatar, cualquier eventualidad había estado antes pensada y repensada minuciosamente, teníamos que ser muy discretos para no llamar la atención, para eso resultó útil mi forma de ser pero también, me doy cuenta ahora, ello contribuyó a cimentar mi carácter rígido y taciturno. Un sentimiento de clandestinidad cotidiana se infiltró en mi cuerpo, se inscribió en mi biomasa para siempre. No puedo andar por la calle sin detenerme en cada esquina para mirar con disimulo a los cuatro puntos cardinales, tampoco sé coger el correo si no es a hurtadillas, tratando de que nadie me vea, y luego escondiéndolo en el bolsillo interior del abrigo, o estornudar sin taponar la boca con la mano, evitando llamar cualquier atención.

A los veinte años decidí alejarme de mi familia y dejar la casa donde siempre había vivido, porque mis padres eran todavía más tozudos que yo. Fue una decisión muy difícil pero no tenía más alternativa que huir y el único refugio que encontré fue la institución geriátrica donde ya me conocían. Mi padre nunca quiso comprar un tractor, y no es que le faltara el dinero para ello, era tozudez. Si su padre, mi abuelo, se había apañado con una mula, él también. Trabajó de sol a sol toda su vida hasta que se murió a los cuarenta y cuatro años, supongo que baldado también como su mula. Mi madre era igual, nunca quiso llevar gafas y se mató, ya con ochenta y dos años, al caer por un terraplén que había junto al puente; un puente que había cruzado, para ir y volver del pueblo, cuatro veces al día, durante todos los días de su vida. Ciento dieciséis mil ochocientas veces, la número ciento dieciséis mil ochocientas una fue mortal, un único descuido y se acabó. Como pasó con Agustín, una única vez bastó para que se contagiara del SIDA y a los cinco años me dejase. No sé cómo aguanté el dolor y el rencor cuando me enteré de que había estado con otro, y cuando me propuso dejar la institución e irnos a vivir a la ciudad, donde podrían tratarlo mejor que en nuestro pueblo, le dije que no. Yo no lo abandonaré pero él, no saldrá de allí. Lo cuidé hasta el final y entonces ya no hubo necesidad de disimular porque todo el mundo lo vio como un acto de misericordia. Los dos últimos meses fueron un calvario para él. Para mí al final se había convertido en otro anciano y yo sentía el placer de tener en mis manos al hombre que había construido mi homosexualidad a su antojo. Porque eso es lo que había hecho Agustín conmigo.

Los últimos días se quejaba de que vivir para sufrir no tenía sentido y yo le recordaba, tiernamente, que decir eso era pecado, que solamente tener ese pensamiento ya ofendía a Nuestro Señor y que si seguía por ese camino se condenaría sin remedio para toda la eternidad. Un año después de la pérdida de Agustín falleció mi madre y entonces decidí dejar de vivir en la Institución. Vendí la casa y las tierras y obtuve dinero suficiente para comprar un piso en la ciudad y aún tener un rincón en el banco. Cuando me fui del centro geriátrico me regalaron un libro de oraciones y me dieron una carta para que me presentara en el seminario de la compañía, que estaba en la ciudad y allí empecé a trabajar de conserje. Veía pasar a la gente que entraba y salía del seminario, a través de la ventanilla de una garita de madera. Pasé tres años solo, yendo y viniendo de mi casa vacía a un trabajo vacío, un día igual a otro. Uno de cada dos domingos, cuando tenía la tarde libre, iba a la cafetería de la esquina, no tenía ni que cruzar la calle. Allí me sentaba en la mesa más alejada de la televisión a leer cualquier periódico que encontraba y me tomaba un donut y un cortado.

Uno de esos domingos leí en la contraportada una entrevista de un tal Víctor Asteta al director de DEPRES-OUT, el Dr. Cuadrado Smith. Reproduzco un trozo:

«—Un 95% de éxito en la depresión de adultos. ¿Se atreve a que titule así esta entrevista?

—No sería más que decir la verdad sobre DEPRES-OUT.

—¿Un milagro?

—Nada de eso. Utilizamos la ciencia más vanguardista junto con los logros de la Psicología actual para tratar a nuestros pacientes.

—¿Cómo?

—Usted comprenderá que no puedo revelarle en qué consisten los tratamientos, no solo porque constituye nuestro know-how, sino porque cada terapia es absolutamente personalizada.

—¿Y el 5% que no se cura?

—Si el paciente no se cura le devolvemos el dinero, por contrato.

—Caro...

—El que padece depresión, le aseguro que lo ve como la mejor inversión de su vida.

—A mí de momento me va bien, pero iré ahorrando por si en el futuro aparecen nubarrones en el horizonte, ja, ja, ja.

—Hará usted bien.»

A veces una cosa te hace pensar en otra muy distinta. Pensé que era bastante estúpido ahorrar como medida profiláctica, pero también fue la primera vez que pensé que muy posiblemente yo padecía una depresión. También pensé que una depresión era algo distinto a mí, algo que podía separar de mí y eliminar sin dejar de ser el que era. Por último, barajé la posibilidad de que el centro ese fuese una estafa. Me acabé el donut y me fui a casa. Pero el martes me puse a cavilar otra vez sobre la entrevista y el miércoles también. El jueves decidí que lo probaría y la semana siguiente pedí un permiso en el Seminario para ir al médico y fui a DEPRES-OUT. El dinero no sería un problema. Tenía de sobra para pagar esa terapia absurda.

Al final resultó peor de lo que esperaba y eso que esperaba poco. Primero me hicieron firmar un montón de papeles y también por supuesto pagué mucho dinero. Y después me condujeron al despacho de un psicoterapeuta. Me hizo cuatro preguntas —¿Cómo se llama?, ¿Por qué ha venido?, ¿Vive solo?, ¿Ha pensado en suicidarse?— me dijo que siguiera haciendo lo que hacía siempre y me dio una cita para dentro de tres meses. Naturalmente me enfadé: ¿Y la terapia? ¿No he de tomar nada? Me dijo que no y que la visita había terminado. Salí de allí pensando que era un estúpido, que «yo» era un estúpido.

Fueron pasando los días y me fui calmando, y algunos cambios en la rutina hicieron también que me olvidara de la visita a DEPRES-OUT o que la recordara como una ensoñación. Aquel mes me instalaron un ordenador en la garita de entrada y tenía que anotar la identidad de todas las visitas. Hay nombres muy raros, pero todo el mundo espera que el suyo lo entiendas a la primera. Sobre todo al principio, tuve momentos desagradables con alguna persona, gente que me trató mal. Había días que cuando acababa de trabajar me sentía como un trapo sucio al que todo el mundo tiene derecho a manosear, y me acordaba de mi Agustín.

También llegaron nuevos vecinos a la escalera. Vivíamos puerta con puerta así que solo nos separaba una pared. Por las voces que oía, supe que se trataba de una pareja joven. Parecía que salían y entraban a las mismas horas que yo. Estaban todo el día fuera. Hacían el amor dos o tres noches por semana. Al

principio no hice mucho caso hasta que una vez sus hábitos cambiaron y empezaron a hablar más y a hacer menos el amor. Me acostumbré a sentirlos cerca y a oír lo que decían. Sabía cómo hacerlo, los ancianos del geriátrico siempre se estaban espiando los unos a los otros. Se pone el culo de un vaso en la pared para que haga de altavoz y solo hay que poner la oreja y escuchar.

Entré en sus vidas sin ser visto, eso me produjo momentos de placer casi sensual. Ella se llamaba Marie porque era francesa –hablaba con la g- Trabajaba de enfermera. Él debía ser vasco ya que se llamaba Aitor y hablaba muy alto. Trabajaría en alguna oficina o algo de no mancharse, pues hablaba mucho de su ropa y de ir bien vestido. Al principio, como he dicho, estaban muy enamorados y se decían muchas tonterías. Por las noches, oírlos suspirar y jadear, me producía una sensación de bienestar, y me servía para reconciliarme con el mundo y olvidarme de los malos ratos del trabajo. Eran felices compartiéndolo todo, se daban consejos, se animaban, se consolaban y todo lo del otro les gustaba. Yo no había conocido esta sensibilidad en mis relaciones con los demás. Ni con mis padres, ni con Agustín había gozado de tanta libertad ni de tanto afecto como veía en aquella pareja.

Una noche, sin embargo, discutieron. Aitor había cogido el móvil de ella para llamar y le había leído un WhatsApp de un tal Gabriel. El mensaje decía «Quién fuese abrigo para andar contigo». Ella le explicó que era el imbécil de su jefe que no la dejaba en paz. Ella no le hacía ni caso, él tampoco tenía que hacer ni caso. Pero Aitor se enfadó mucho, le gritó y entonces fue ella la que se molestó y le dijo que se comportaba como un carcamal, que habían terminado. Se hizo el silencio, después oí un portazo y Marie se puso a llorar bajito. Me puse triste y dejé de escuchar. Me acosté pero no podía dormir, tenía la sensación de que dentro de mí crecía un impulso, una necesidad de ayudarlos pero no sabía cómo. No podía dormir ni podía hacer nada. Hasta que a las cuatro de la madrugada tuve una idea y les escribí una nota: «El cariño penetra en las grietas de las murallas más gruesas y las rompe». Juzgué que peor que la frase del abrigo no era y se la pasé por debajo de la puerta de su casa. Me puse una manta por encima y me quede despierto, a oscuras, al acecho de algún ruido. Al poco rato oí una llave abriendo la puerta; seguro que era él que había vuelto. Al escuchar las palabras de reconciliación, otra vez dulces y cariñosas, sentí un alivio muy grande me metí en la cama y al momento estaba durmiendo plácidamente, como

un niño. Al día siguiente todo volvió a ser como antes. No sabía lo que había pasado en realidad con mi nota. Marie podría haber pensado que un vecino loco los espiaba. Se lo podría haber dicho a Aitor y el habría tirado mi puerta abajo. Pero no sabían de quién era la nota y no pasó nada, y yo me sentía un poco protagonista de esa vuelta al paraíso de mis jóvenes vecinos.

Conforme se iban sucediendo los días me fui sintiendo cómplice de un secreto compartido con Marie pues seguramente ella ocultó la nota para no alarmar a Aitor; me gustaba fantasear pensando que ella sabía que alguien velaba por su felicidad, una especie de ángel de la guarda. En esos días también las cosas en el trabajo mejoraron un poco. Ya había aprendido a manejar el ordenador y también había diseñado una hoja de ingreso que daba a rellenar a las visitas. Lo hice para no tener que escribir más nombres y hablar menos; a los pocos días me llamó el administrador y me felicitó por mi trabajo y por la idea de la hoja de ingreso. Me dijo que podría encargarme más trabajos de diseño parecidos, si es que me apetecía dejar la garita y trabajar por las mañanas. Me proporcionarían un ordenador con mejores programas o lo que yo necesitara, dentro de las posibilidades del centro. Por supuesto subiría de categoría y habría una mejora en mi salario. Estuve de acuerdo en todo y salí sonriendo, ilusionado.

Cuando llegué a casa encontré una carta de DEPRES-OUT recordándome la entrevista pendiente. Habían pasado los tres meses y me había olvidado por completo de ellos pero ya que me lo recordaban iría a recuperar mi dinero, pues era evidente que no habían hecho nada de nada en todo ese tiempo.

Me recibió la misma persona. Me hizo sentar, se sentó, me miró y me sonrió. Yo miré a la pared y esperé su locución. Él amplió más su sonrisa, abrió un cajón, sacó el contrato y lo dejó encima de la mesa, entre nosotros dos. Comenzó a preguntar como en la primera entrevista.

—¿En los últimos meses ha tenido usted ideas suicidas?

—Pues no, pero...— Yo quería quejarme, sin embargo la voz serena del interlocutor y su inmensa amabilidad me desarmaban.

—¿Diría que su actitud vital ha cambiado, se siente más alegre, más activo, más útil, incluso interesado en nuevos proyectos?

—Sí, ¡pero no gracias a ustedes!.—de nuevo no se dio por aludido.

—Por último, le recuerdo que DEPRES-OUT se comprometió a que en tres meses usted superaría su depresión. ¿Ha superado su estado depresivo?

—Sí, eso creo ipero no porque ustedes hayan hecho nada! —grité furioso. Me asusté de mi propio grito. La cara me ardía, notaba que me estaba poniendo rojo. Mientras tanto él siguió hablándome con aquella amabilidad, como si oyese llover.

—El contrato es perfectamente claro en relación con lo que usted expone. Puede interponer una demanda si considera que los acuerdos no se han cumplido pero he de decirle que nunca hemos perdido una demanda.

No me quejé más y salí lo más deprisa que pude. Había tirado a la basura un montón de dinero. Volví a mi casa dando un rodeo y me esforcé en pensar en otras cosas. Cuando llegué, en el vestíbulo había cajas de embalaje, cables y máquinas que dos hombres cargaban en una furgoneta blanca que habían aparcado en doble fila, frente al portal de mi casa. Subí por la escalera para no esperar al ascensor, que estaba ocupado. Al entrar en casa escuché como se abría la puerta de mis vecinos y observé por la mirilla: otro hombre salía de allí con dos cajas más como las del vestíbulo y se metía en el ascensor. Entonces comprendí que mis vecinos se mudaban, me abandonaban. Me entristecí de repente, de la misma manera como de repente un nubarrón de tormenta tiene el poder de oscurecer toda la ciudad. Abrí mi puerta con sigilo y descubrí que la de mis vecinos estaba entreabierta. Entonces, tras comprobar que nadie me veía, entré para ver cómo era en realidad aquel hogar que tantas veces había imaginado mi mente, cuando espía las voces de sus habitantes. Al entrar lo primero que vi fue mi nota tirada en el suelo a un lado de la puerta; seguía tal y como yo la había doblado. ¿Nadie había tocado mi nota? ¿No la había leído Marie? Avancé por el pasillo, no había muebles, solo un aparato extraños, como de ventilación, y en el comedor, en el centro, donde debería estar una mesa, apareció otro aparato aún más grande, con una especie de altavoces, cubierto en algunas zonas de fieltro negro. Me acerqué y vi un teclado y una pantalla alargada con cifras que no entendí. La máquina emitía un leve zumbido. Toqué una tecla al azar y de uno de los altavoces salió con una claridad casi sobrenatural la dulce voz de Marie diciendo «¿Cariño, te pongo un poco más de mermelada?».

# Víctimas

## 1

Camina rápido, piensa rápido, desea alejarse y olvidar así la sombría inquietud que lo atenaza desde que ha visto la foto que ella tenía en su casa.

Una sensación todavía más desagradable que la que tuvo hace una semana, piensa Raúl, cuando saliendo del hospital le reconoció. Ruiz, el mismo de entonces, los mismos ojos diminutos, la misma expresión de aturdimiento pero en versión de señor con bigote y corbata, en esencia la misma imagen desamparada y ridícula que recuerdo de la niñez que compartimos. Por aquel entonces yo ni pensaba en lo que hacíamos, todo era un juego, una diversión. El placer de reírnos del resto del mundo era demasiado tentador para todos nosotros y el juego era más perverso en tanto era absolutamente irreflexivo; nos comportábamos, aquellos años grises y miserables, como animales enjaulados con un solo juguete: Ruiz. Y para mí, la forma más fácil de no ser víctima de los peores era aceptar con entusiasmo el papel de verdugo, ganaba fuerza y ascendente ante todos mis crueles compañeros, machacando a diario al desgraciado de Ruiz.

Hablaba con la enfermera de recepción, parecía estar esperando, llevaba una maleta pequeña y una cartera, traje gris, todo absurdamente tópico, casi caricaturesco. Me sonreí y en ese momento, de repente, se giró hacia mí y le di la espalda para que no me reconociese. Volví a mirarle con mayor disimulo esta vez y ya estaba nuevamente de espaldas, conversando con la enfermera. Parecía rígido, como representando un papel, me resultaba fácil imaginar por sus movimientos, por sus gestos, un secreto esfuerzo por resultar verosímil, por ganarse el derecho a existir, el mismo esfuerzo que de niño hacía por hacerse invisible en el patio del colegio. Pero ese mismo esfuerzo lo convertía entonces en un muñeco grotesco, perfecto reclamo para nuestra crueldad. Lo volví a ver como a un torpe peluche, gigante y peludo, de nariz colorada, hablando sin

gracia con la enfermera de bata blanca que distraída lo conducía por el pasillo a cumplimentar cualquier aburrido trámite. Raúl camina rápido, piensa rápido, pero no a la velocidad que necesitaría para alejarse de sí mismo.

## 2

Cuando desapareció Ruiz, Raúl quiso huir de esa ensoñación. Fantasmas del pasado, se dijo. Y volvió a pensar en su padre allí arriba entubado, aguantando a base de morfina, el último recurso, esperando que los resultados de los últimos análisis confirmaran lo que todos sabían menos él. Su padre estaba jodido, él estaba jodido.

Pero por la noche volvió a pensar en su antiguo compañero. Hoy estaríamos hablando de un caso claro de Bullying. En Internet se enteró de que era el líder de una entidad benéfica y al parecer volcaba toda su energía en ayudar a sus semejantes. Pasó una semana y no se lo quitaba de la cabeza. Entonces tuvo una idea que podría ayudarle a acabar con su malestar. Ayudaría de alguna manera a Ruiz, con un donativo importante hecho a su organización, preguntaría por él, o sería Ruiz quien querría verlo, para agradecerse...Él se confesaría afligido por todo lo que pasó cuando estudiaban juntos, eran unos críos, unos salvajes, lo reconoce, pero ahora se arrepentía y le pedía perdón. «Ahora te admiro», le respondería, «tiene un mérito y un valor inmenso lo que estás haciendo», reconocer las culpas. Ruiz comprendería que él ha cambiado, le perdonaría o, mejor aún, le diría «no hay nada que perdonar», y podrían ser amigos, una nueva etapa, etcétera. Esa misma noche envió un mail a la organización explicando que tenía intención de donar una importante cantidad de dinero pero antes quería hablar con algún responsable para que le explicaran como la utilizarían. Al día siguiente recibió una respuesta pidiéndole un número de teléfono para ponerse en contacto directo con él y concertar la entrevista. Así lo hizo y a los pocos días, una mañana, le llamó una tal Olga de subdirección. Le explicó que Ruiz estaba de viaje y para concertar una entrevista con él tendría que esperar al siguiente mes. Pero ella también podría explicarle lo que harían con su dinero y, por supuesto, aclararle todo lo que le interesara sobre los trabajos de la organización.

«Me parece bien», de momento Raúl se conformaba con eso. «¿Cuándo te va bien que quedemos? Esta tarde a partir de las siete y media podría ser, que es cuando salgo de la oficina. Tengo un rato para tomar un café, siempre que sea por aquí cerca».

Cuando se encontraron aquella tarde, Raúl se sorprendió de su belleza. Esperaba una mujer eficiente, inteligente, con inquietudes, pero no bella ni atractiva, no esperaba encontrar una mujer así en el mundo de Ruiz. Reaccionó con rapidez a este cambio de perspectiva y le sugirió que aunque solo fuera para tomar un café, podrían acercarse a un pequeño restaurante que había allí cerca, un local encantador que sería un crimen despreciar. «¿Por qué no?», dijo Olga sonriente.

El restaurante, especializado en cocina francesa, se hallaba en una calle adyacente a la avenida principal donde se ubicaban las oficinas de la organización. Raúl se mostró muy interesado por todo lo que le explicó Olga sobre las actividades que desarrollaban y después del café tomaron una copa y también hablaron de cine, de libros, de los colores del otoño. Cuando se dieron cuenta ya era la hora de cenar y pidieron la carta. En aquel momento solamente tres parejas compartían la luz suave, íntima, orientada a las paredes tapizadas de terciopelo del pequeño restaurante. Después de cenar pidieron otra copa y Raúl se animó a contarle a Olga que su filantropía era en realidad una deuda psicológica con la malvada vida que había llevado de estudiante, y sin entrar en detalles le hizo saber que necesitaba realizar algo en sentido contrario a su irreflexiva vida juvenil. Esta versión melodramática del simpático benefactor hizo gracia a Olga, más todavía, se enterneció con su sinceridad. «Eres demasiado autocrítico, no creo que seas tan mala persona, no me estarías contando esto. Lo que no entiendo es el interés que tienes por conocer a nuestro jefe. Ha de ser alguien muy especial, —comenta Raúl— por eso quiero conocerlo». Olga se rió. «Ya que me has contado tu secreto ¿Quieres que te diga cómo es?»

«¡Por favor!» Y Olga le contó que su jefe carecía de espíritu, que era una persona bondadosa, eso sí, pero se comportaba como un manual de urbanidad, tenías la sensación de que en todo lo que hacía faltaba humanidad, sangre, era como una máquina, no sientes ganas de darle las gracias de la misma manera que no le damos las gracias a una lavadora por la colada. Era una especie de robot de la bonhomía. Raúl no paraba de reír.

Acabaron la noche en casa de ella. Nada más cruzar el umbral del piso la excitación los arrojó al uno sobre el otro, a oscuras, en un ciego forcejeo. Tuvieron que pactar unos segundos de tregua para alcanzar la habitación.

A las cuatro de la madrugada la poca luz de la noche que dejaba pasar la ventana entreabierta daba a sus cuerpos desnudos y abrazados una cualidad metálica que, sumada a la inmovilidad de ambos, producía una ilusión glíptica. Pero eso solo era un efecto de la luz. A pesar de estar ambos sin decir nada, ella querría que se fuera para dormir sola, levantarse temprano y desayunar tranquila, en silencio, y mientras pensar en lo que podrá y no podrá hacer ese día, el día siguiente tras conocer a Raúl. Él también querría irse enseguida, apenas se conocen y después de eyacular ya no sabe qué más decir, el alcohol, tomado en exceso, se le caía encima de golpe, sentía el cuerpo aplastado por su propio peso, muerto contra las sábanas frías, su mente semiconsciente había extraviado cualquier ocurrencia; también sentía su cuerpo, el de ella, demasiado cerca — escuchaba su respiración— demasiado vientre y saliva y pegajoso y aliento.

Pero permanecían quietos y en silencio mientras el deseo que había llenado por completo el espacio de aquel encuentro, que había sido algo casi sólido, se metamorfoseaba ahora en ruidos procedentes de la calle, en luces que parpadeaban por debajo de la puerta, en olor a cerrado, a humedad, a zapatos tirados debajo de la cama, a música que llegaba atenuada desde el edificio de enfrente. Permanecieron así enlazados hasta que ella oyó su respiración fuerte, notó el peso de su cabeza inerte aplastada en la almohada, su mano fría y áspera en su espalda y, lentamente, con un suave movimiento de retirada, recuperó algo de espacio vital, parte de su posición individual.

### 3

Cuando sonó el despertador Olga ya estaba en la ducha y Raúl se despertó solo, en una cama fría, y en una habitación más pequeña que en la que se habían amado esa noche, aunque fuese la misma habitación; recordó la ventana, el espejo ovalado, la mesa blanca con libros. Olga le gritó por encima del ruido de la ducha que apagara el despertador por favor, que ahora salía, que se había hecho tarde, que... Raúl dejó de oírla cuando entró en el pasillo buscando la cocina, que vio a la derecha y donde se mojó la cara, también bebió un poco de

agua del grifo para su boca seca. Pero enseguida volvió sobre sus pasos para vestirse antes de que ella saliera. Lo mueve una absurda vergüenza, un ridículo sentido del ridículo. Aunque estar vestido no borraba nada de lo que hizo anoche, al menos así creía sentirse protegido de su propio cuerpo. Y del de ella, sea como fuera que saliera de la ducha.

Olga apareció dentro de un albornoz rojo con un halo de vapor de agua deshaciéndose sobre su espalda. «Pareces el nacimiento de Venus, de Botticelli», le dijo Raúl, inspirado. «La cultura es otra capa de protección en circunstancias como estas, sirve tanto para romper como para mantener relaciones». «¡Lo que faltaba!», piensa Olga, aunque sonrió y le pidió que le explicase por qué le hacía pensar en esa pintura, mientras dejaba el albornoz en la cama y se empezaba a vestir. «Porque Venus se parece a ti. ¿Quieres que prepare algo para desayunar? ¿Café? ¿Té?» Cuando se dirigía hacia la cocina vio colgados en el pasillo tres marquitos plateados con fotografías y una llamó su atención. La miró con asombro, era ella, más joven, vestida de novia, y a su lado la figura del novio, su antiguo compañero de instituto, Remigio Ruiz.

# Ser amigos

Era su amigo desde la niñez, tenían una relación fraternal plena, pero sobre todo destacaba por su singularidad el profundo afecto que se profesaron desde el principio. Tras el mágico mundo de la infancia, ya adolescentes, vivieron idénticos conflictos con sus respectivas familias, que parecían ser cada una de ellas, el reflejo de la otra. A partir de entonces siempre eligieron, inconscientemente, las mismas amistades masculinas y femeninas de entre los compañeros de trabajo o de diversión. Por eso no es de extrañar que, llegado el momento del amor, se enamoraran de la misma mujer. Cuando ella le dio el sí a él y se casaron, su amigo no pudo asistir a la ceremonia. Extrañamente nunca pudo recordar la causa de su ausencia. Durante los tres años que duró su matrimonio, su amigo cambió, dejó de salir con los amigos comunes y evitó toda relación con personas del sexo opuesto. Llegó a tal extremo esa extravagante conducta que durante un tiempo pensó que su amigo era gay, aunque nunca se atrevió a insinuárselo. Cuando se divorció, a causa de un enfriamiento afectivo por su parte, empezó a vivir solo en un ático pequeño pero moderno y muy bien situado en la parte antigua de la ciudad. Entonces, pasadas las primeras semanas, ocupado en instalarse, volvió a ver a su amigo con más frecuencia. Al recuperar aquella libertad sin ataduras, reaparecieron las salidas nocturnas, las fiestas, las veladas, las confidencias al sabor de una buena copa. Volvieron sus vidas a palpitar al unísono como en los primeros años de juventud. Una noche el afecto, el amor de su amigo se manifestó de una forma inconcebible para él. Quizás desatados por el alcohol, sus sentimientos y sus sentidos, sin pensar y sin saber lo que hacía, en un momento en que cortaba distraídamente el limón para el gin-tonic, lo besó. Él se sintió confuso, agredido, herido, escindido desde lo más profundo de su alma y preso de un paroxismo extremo, cegada la voluntad y la razón, lo mató.

Al día siguiente encontraron su cadáver. En dos breves horas, una sencilla investigación forense cerró el caso: Suicidio con arma blanca. El sujeto, único

inquilino de la vivienda, se había incrustado en su propio estómago un cuchillo de cocina y, tras perder el conocimiento, había muerto desangrado.

[Amigos para nunca 9](#)

[El encaje 15](#)

[Un chef de mierda 29](#)

[El ama 37](#)

[La herencia 47](#)

[La camarera 55](#)

[Vaquero 67](#)

[Desalmado 73](#)

[El complot 81](#)

[Lucas 95](#)

[Míster magoo 101](#)

[Plagio 105](#)

[La terapia 109](#)

[Víctimas 119](#)

[Ser amigos 125](#)

# Índice

Amigos para nunca	9
El encaje	13
Un chef de mierda	23
El ama	29
La herencia	37
La camarera	44
Vaquero	53
Desalmado	58
Parte 1. Marcos	58
Parte 2. Basilio	60
Parte 3. «Sin nombre»	61
El complot	64
Lucas	75
Míster magoo	80
Plagio	83
La terapia	86
Víctimas	93
1	93
2	94
3	96
Ser amigos	98